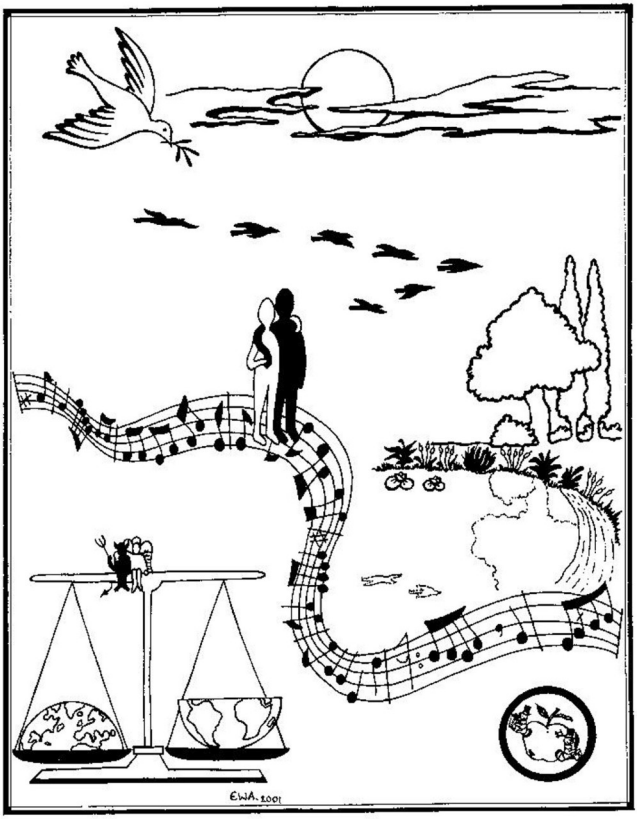
UN PASEO POR UTOPÍA



UN PASEO POR UTOPÍA

Redactores: JLM y JCJ. N°11. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

Todavía nos gusta soñar. Quizá no deberíamos. La gente que se dice realista no suele soñar. Pero nosotros tenemos principios y, por más que hayamos evolucionado desde que iniciamos, desde esta revista, las llamadas a vuestra atención, no vamos a cambiar en algo tan fundamental como nuestra capacidad para soñar. Especialmente para soñar imposibles, lo que tantos otros llaman quimeras, o utopías.

Pero ser un soñador, por más que uno se esfuerce en alejarse de la realidad, no significa que el desapego por la razón se dé en la misma medida. Un soñador puede parecer un ingenuo, lo cual no está del todo mal, pero también un idiota. Como antes queremos pasar por ser lo primero que lo segundo, hemos decidido utilizar nuestro poco intelecto para intentar "racionalizar la utopía". ¡Vaya invento! Que es una locura ya lo sabemos. No nos importa pasar por locos, al menos hasta cierto punto. Pero nuestra idea no es del todo ridícula. Porque los sueños son hermosos, como hermosas son muchas de las utopías con las que soñamos.

A quién no le agrada soñar con la felicidad, con la paz, con la justicia. Todos nos sentimos enternecidos ante tales pensamientos, aunque luego decidamos que la consecución del Bien Universal sea una utopía. Quizá sea cierto que las utopías son falsedades de las que huir. Peligrosas entelequias que nos conducen a oscuros callejones sin salida. Pero no deja de ser cierto, al menos vista la situación desde nuestra dudosa racionalidad, que muchas utopías están más cerca de la realidad de lo que se nos quiere hacer creer. Antes que otra cosa, los sueños son proyecciones de nuestros deseos. Desear imposibles es frustrante y las utopías suelen ser, a su vez, tremendamente frustrantes. Por eso hemos decidido dar este paseo por el país de las utopías. Allí, en tan extraño lugar, ejerceremos de misionero entre menesterosos, dispuesto a salvar almas e ideas. Pues nuestro paseo no tiene objetivos meramente estéticos o paisajísticos. Queremos

describir algunas utopías, pero también analizarlas. Queremos decidir si algunos de nuestros sueños son verdaderas utopías irrealizables o son más razonables de lo que se pretende. En el primer caso, intentaremos animarnos a deshacernos de esos imposibles que nos acompañan. No es fácil, pues los sueños que captan nuestro corazón escapan al simple raciocinio. Pero si descubrimos que el sueño es realizable, por ser menos utópico de lo previsto, podremos aferrarnos a él con más fuerza y justificar nuestra acción con argumentos, más allá del simple deseo.

¡Qué ilusos!, pensará alguno. Ciertamente; para qué vamos a engañarnos. Somos unos ilusos. Ojalá que entre vosotros haya alguno más de nuestro gremio. Si no es así, quedémonos en lo más simple. Esperemos que disfrutéis de nuestras utópicas locuras.

MARS ATTACKS
(catástrofe de un once de septiembre)
Por alcanzar tu imposible paraíso
has destruido mi mundo.
Y a mí con él.
No vi la escena,
aunque debió de parecer,
por lo irreal y destructiva,
una película de Hollywood
cargada de explosiones
que sucedían sobre mi cabeza.
Pero fue real.
Tan real como para traer muerte y destrucción.
Más real, sin duda, que tus locos sueños.
¿Acaso tu vida y tus deseos valen más
que los míos que has truncado?
Frente a tu cruel demencia destructora
prefiero incluso el sueño americano
que antes simbolizaban estas torres.
Tú no eres humano.
Tan sólo un tonto insensible que,
si existieran,

haría sonrojarse de vergüenza
a los marcianos de Burton
que atacaron de mentira,
pero con iguales razones
-nada más que la compulsiva locura-,
lugares semejantes de ficción.
Lo tuyo no es película o comedia.
La sonrisa, si existe,
es de tu calavera en el infierno.

Juan Luis Monedero

El animal que yo llevo dentro
no me ha dejado nunca ser feliz

Franco Battiato

EL ANIMAL

Está claro que no nos gusta ser animales. Siempre que podemos evitarlo, preferimos ignorar nuestra animalidad, ese animal que todos, lo queramos o no, llevamos dentro.

Nuestro deseo de trascender la bestia impregna todas nuestras filosofías y religiones. Pensar en nosotros mismos como en seres semejantes a los que nos rodean, cargados de instintos y mecanicismos, irracionales que mueren sin darse cuenta y viven para comer y reproducirse, es cuestión que nos desagrada sobremanera. Nos repugna convertirnos en seres meramente materiales, carentes del espíritu que asignamos a nuestras elevadas acciones y nuestros profundos sentimientos. Es esta una de las raíces del odio hacia el pensamiento evolucionista que nos emparenta al simio y al gusano. Odio que se hace mayor si rozamos el darvinismo y su ciega selección natural que elimina la necesidad de otorgarnos un creador consciente.

Pero, sea como sea, no podemos negar nuestro yo animal, nuestro parentesco con la bestia. Todos llevamos un animal que palpita en nuestro interior. Un animal que es nuestro yo y al que pretendemos marginar como un añadido inevitable del alma humana.

Bien mirado, tampoco me parece tan malo ser un animal y sentirse como tal. Uno no puede renunciar a su herencia ni deshacerse

de ella. Puede negarla, si así lo desea, pero eso no la hará desaparecer. Si todos llevamos un animal en nuestro interior, como parte consustancial de nuestra esencia, nunca podremos deshacernos de él sin renunciar a nosotros mismos. Y no es tan difícil asumir que uno es un animal. Para muchos ese pensamiento supone degradar nuestra imagen y convertirnos en insignificantes. Admitamos que lo somos. Tampoco es tan difícil. Llevamos ya varios siglos apartándonos, tras sucesivas revoluciones del pensamiento, del centro del universo en el que nos habíamos situado.

Admitido: soy un animal. Y este nuevo conocimiento, tan dolorosamente admitido, ¿qué beneficios me reporta? El conocimiento es poder, como dicen algunos. Y en este caso, si soy un animal eso no significa que sea menos racional. Sólo que, como el animal que soy, debo admitir mis limitaciones. Y mis instintos. Muchos de nuestros comportamientos son más fáciles de explicar como animales que como racionales. Nuestros egoísmos y neuras son más fácilmente asimilables desde la bestialidad. Saberlo no nos tiene por qué hacer mejores, aunque puede ayudarnos a ello. Los problemas no desaparecen por negarlos. Conocerlos y admitirlos es el primer paso para afrontarlos. ¿Ser un animal me hace menos libre? ¿Me coloca en la tesitura de dudar de la existencia de mi espíritu? ¿Quita trascendencia a mi existencia? No lo sé. Es posible que sí. Aunque todo depende de cómo se mire. Si soy un animal con instintos egoístas, inconscientemente obsesionado con la reproducción o el dominio sobre mis semejantes. Si, en ocasiones, soy incapaz de controlar mi agresividad o mis nervios. Si tengo miedo a que mi cuerpo muera y yo con él. Si soy un animal, digo, jamás podré dejar de serlo y mis instintos, egoísmos y temores me acompañarán durante toda mi existencia. Pero si soy capaz de racionalizar mi animalidad, tal vez me atreva a llamar instintos a los comportamientos que merecen ese nombre y sea capaz de separar la ética o el bien de la humanidad de mi propio beneficio. Y así, racionalizando al animal que me exige determinadas posturas ante la vida en instantes concretos, y aunque claudique ante él y pretenda que no me deja ser feliz, al menos tendré la posibilidad de delimitar dónde termina mi libertad y qué puedo hacer con ella. Es obvio que soy un animal, pero si aprendo a conocer a la bestia es muy posible que

también aprenda a valorar más y mejor todo aquello que me hace distinto de los demás animales y, tal vez, en alguna que otra ocasión, sea capaz de derrotar al exigente bruto que habita en mi interior, sin por ello tener que renunciar a todo lo que de bueno pueda tener la animalidad.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA CARA OCULTA

La Luna tiene una cara oculta y hace poco descubrí que los seres humanos también tienen una inmensa y al mismo tiempo hermosa...

Echo mucho de menos la falta de comunicación entre la gente. Su miedo a expresar sus propios sentimientos, los temores que les atormentan y sus más íntimos deseos.

Llegué a pensar que los hombres no tenían nada más que decirse. Se limitaban a leer historias y engullir programas televisivos sobre ídolos de barro los cuales a primera vista resultaban graciosos e interesantes pero que a los pocos días caían de su pedestal porque a alguien ya no le interesaba que fuesen noticia.

Salía los fines de semana y escuchaba pocas conversaciones inteligentes; cada vez me parecían más ambiguas y me recordaban a los típicos diálogos de ascensor repletas de preguntas insubstanciales donde lo que menos importa es la respuesta y su único sentido es pasar el tiempo charloteando de cosas superficiales que te ayuden a pasar la velada. En fin, llegar a tu casa malgastando saliva y con escuetas conversaciones amenas en tu cabeza incluidas las que tú mismo has mantenido con los demás.

Un panorama horrible, ¿verdad?

Un día todo cambió. No tenía mucho sueño y me puse a escuchar la radio. Siempre me han gustado las conversaciones nocturnas exceptuando algunas que no merecen mucho ser oídas como aquellas en que los radioyentes concursan con sus desgracias a ver cual es el que sufre más; o esas otras en las que un vidente de turno nos habla de acontecimientos maravillosos que nunca ocurrirán. Estos supuestos adivinadores adornan sus monólogos con "bonita",

“precioso", “mi alma", "cielo” y todo tipo de palabras cariñosas que no vienen a cuento y que recuerdan bastante a los dependientes de las tiendas de moda que utilizan las mismas palabras "cariñosas" acompañadas por el “que bien te sienta".

Toda una buena muestra de conversaciones superficiales…

Volviendo a la radio. No puedo ni quiero hacer propaganda de ninguno de los programas que he escuchado en la radio. Cada uno que elija el suyo como yo tengo los míos, pero invito a los que lean esto a que entren en el maravilloso mundo de la radio y descubran la cara oculta de la que hablaba al principio. Personas hablando de sentimientos, compartiendo ilusiones e ideas muy válidas. Gente optimista que te enseña a vivir la vida con una mentalidad nueva, más abierta, más tolerante. Aprender a ponerte en el lugar de otro, pensar todos juntos en una solución para alguien que se ha quedado ofuscado y cree que nadie le puede ayudar. Descubrir que tu forma de pensar no es tan extraña, que efectivamente no eres un bicho raro, que muchos te apoyan y otros muchos te entienden. Sentir que, a pesar de los momentos injustos, competitivos, egoístas que hemos soportado hoy, mañana tal vez podamos toparnos con esa gente maravillosa, humana, pacífica, reflexiva que aparece cada noche en la radio.

Sólo hay algo que no entiendo: por qué el hombre tiene que esperar a la oscuridad para descubrirse a sí mismo ante los demás en su cara más amable y más humana. También a veces la más despiadada pero siempre la oculta. Me pregunto por qué durante el día no puede el hombre hablar de una manera tan franca a sus semejantes y si lo hace se le acusa de sensible y de vulnerable aunque en el fondo sólo sea un poco más valiente que los demás.

Tenemos tanto miedo de mostrar nuestros verdaderos sentimientos y que luego sean utilizados en nuestra contra que todos hemos preferido callar. Siempre hablar de nosotros mismos a escondidas. Por eso creo que a la gente le gusta también chatear. Es verdad que podemos hacerlo de día y escribir mensajes sinceros a gente de cualquier lugar del Mundo pero, no nos engañemos, nos ocultamos bajo un "Nick", apodo ficticio y unas letras uniformes que le impedirán al resto saber quienes somos. El nombre irreal que

utilizamos para entrar nos hace sentimos cómodos con nuestra máscara la cual te hace invisible ante los ojos de los demás.

Yo misma cuando escribo hablo de mis sentimientos y de lo que realmente ansío. Pero también me escondo en una hoja de papel sabiendo que al volver al mundo real me volveré más fría y calculadora, mediré cada una de mis palabras, controlaré mis sentimientos. Cualquier cosa con tal que nadie pueda hacerme daño. ¡Vamos confiesa!, ¿no te ocurre a ti lo mismo?

Eterna maldición del ser humano esconder sus sentimientos. Nadie habla, nadie escucha. Silencio absoluto.

Alicia

EN TORNO A TI

Ahora que no veo tu luz
aún quisiera ser tu luna.
Satélite de dulzura
con alma tinta de azul.
Antes quise ser cometa
con órbita desigual
que me pudiera acercar
a cualquier otro planeta.
Pero nuevamente tú
me llamaste a estas alturas
y yo regresé a tu vera
preso de la gravedad.

Antón Martín Pirulero

EL FUTURO DEL PAÍS

Nuestro tema de hoy son las utopías. Es un tema bonito, aunque muy ingenuo. Tan ingenuo como mi señora madre, doña Nicolasa, siempre tan bienintencionada aunque, admitámoslo sin demora, tristemente equivocada.

Después de superar mis veleidades místicas de otros tiempos hoy por fin he regresado a la realidad a la que debemos enfrentarnos con toda la fuerza de nuestra voluntad y el ímpetu de una juventud racional alejada de manipuladoras misericordias.

Comentaba mi madre en el número anterior un método bastante interesante para favorecer la natalidad patria en estos tiempos de esterilidad e infanticidio legalizado. Si digo la natalidad patria no lo hago en vano pues, como todos saben, la población del país ha aumentado en número debido a la invasión de extranjeros sucios e impíos que traen sus costumbres y genes para contaminar la grandeza que tantos siglos de Reconquista y pureza religiosa nos costó alcanzar. En fin, mis quejas no servirán para que los politicastros inútiles que manejan nuestros destinos vuelvan al pío ideal de una católica y única patria.

No es ese el tema del que quería hablar. No, al menos, en exclusiva. Decía yo que mi madre, aunque con buena voluntad, se equivocaba. No ya porque el deber de las madres, actuales o futuras, es la procreación en sí misma sino porque no puede dejarse en manos de un pueblo sordo, ciego y estúpido que decida su propio destino.

Los débiles de cuerpo y mente son los que ahora gobiernan nuestro país y todos aquellos civilizados que fueron impregnados por la grandeza aria. Estos débiles de espíritu se escudan en la tolerancia y la solidaridad para enmascarar su inoperancia. Es hora ya de descubrir que la blandura no es virtud y el valor suele ir acompañado de la dureza de la violencia para alcanzar los objetivos deseables.

Si hoy en día nos vemos afectados por el problema de la natalidad o por otros tan peregrinos como el paro o el pago de pensiones y seguridad social para todos es tan sólo porque nos hemos vuelto débiles y hemos renegado de nuestros orígenes gloriosos.

El hombre es guerrero y batallador. Pero hoy, en los países más desarrollados, se mira a la paz como el objetivo deseable. Somos débiles y eso lo demuestra. Porque el hombre –el hombre de verdad, no el salvaje- no ha hecho guerras por sadismo sino como forma de favorecer la selección de los pueblos y las razas hasta llegar a constituir el superhombre que, a su vez, está obligado a mejorarse. Por eso los pueblos deben competir entre sí, pero no de forma trivial, como sucede en esas tristes competiciones deportivas, sino arriesgando su propia vida y poniendo todos sus sentidos y capacidades al servicio de la lucha. La destrucción y la muerte no han de ser gratuitas. La guerra hace fuertes a los hombres, elimina a los

débiles y destruye todo lo viejo y arcaico. Tras la guerra llega la reconstrucción y la expansión del vencedor que elimina a los que son más débiles que él. Entonces ya no hay paro ni crisis económica. Ni problemas de natalidad. En las guerras siempre nacen muchos niños ante el riesgo de desaparecer y como modo de asegurar la existencia de nuevas generaciones. El deseo de perpetuación en tiempos de crisis parece ser que se exacerba. Eliminado el rival hay que reconstruir la propia fuerza antes de atacar a otros competidores. Poco importaría que hubiera un único vencedor universal. Enseguida aparecerían diferencias en su seno y pronto la pugna reaparecería.

La muerte y la destrucción no son bellas. Pero sí lo son la victoria y la fuerza. Hemos de mejorar la especie y no hay modo mejor que extender nuestras virtudes por toda la extensión de este planeta, y luego, si ello fuera posible, allende las fronteras del universo.

El último párrafo me ha quedado tan redondo que creo innecesario proseguir con mi argumentación. Estoy tan excitado que siento los latidos de mi corazón golpeando con fuerza inusitada. Debo usar mis energías del modo correcto así que, en vez de hablar, pasaré a la acción y planificaré, con mi bonita colección de soldaditos de plomo heredados de papá, la estrategia para la batalla definitiva que convertirá al ario hispano en martillo de tibios y cobardes. Aunque, mejor pensado, quizá debería merendar antes para reponer energías. Bueno, ya me lo pensaré. Hay tiempo hasta que los corazones de los lectores se inflamen y les animen a unirse en mi cruzada de pureza patriótica.

Narciso de Lego
(futuro general y caudillo de todos los ejércitos)

LECCIÓN DE ANATOMÍA

Muchos creen que se conocen a sí mismos. La mayoría se equivoca. De hecho, casi ninguno conoce ni tan sólo su anatomía más básica. En esas condiciones sorprende lo alegremente que jugamos con nuestras vísceras y órganos. Incluso sabemos apreciar su valor. Por eso decimos que algo nos cuesta un riñón, un huevo o un ojo de la cara. Es curioso, si pensamos que algo es tan valioso, ¿por qué

entregamos, a cambio, tan sólo un órgano par sin el que es posible vivir? Si tan caro o valioso fuera el objeto de la transacción, quizá lo cambiaríamos por el corazón o el cerebro, para los que no tenemos sustitutos. Pero no, esos órganos quedan para otros menesteres. Cuando sufrimos mal de amor, resulta que nos duele el corazón. Un babilonio quizá nos habría confesado su gran dolor de hígado. En fin, todo el mundo sabe que no siempre hay que confundir amor y sexo, pero con el sexo suele estar mucho más relacionado el dolor de cabeza, en especial en las mujeres. No siempre hay que estar sufriendo. Muchos, al contrario, resultan ser insensibles al dolor porque tienen mucho morro –a veces incluso se lo pisan- o la cara muy dura. De hecho, algunos consiguen las cosas por la cara o por el morro, sin el mínimo esfuerzo. Otros por la patilla, lo cual ya parece el colmo del ahorro. Sin embargo, si alguien consigue sus metas por cojones o por narices, nos infunde mayor respeto y temor. Las narices tienen más utilidades. Parece que para descansar no hay cosa mejor que tocarse las narices, o rascarse la barriga, aunque uno diría que es más cómoda la completa inactividad. A veces, las cosas se nos ponen en las narices y, quizá, ese es el paso previo para que algo se nos meta en la cabeza y no haya modo de sacarlo de ahí. Algunos, en ese sentido, parece que lo tienen más difícil, porque tienen el cerebro en el culo. Y quizá esto también esté relacionado con la costumbre de sentar la cabeza. Si es cuestión de alcanzar lo que sea, está claro que la palma se la llevan las manos. Los hay que tienen las manos, o sólo los dedos, muy largas, tanto que, al parecer sin proponérselo, las ponen en los lugares más insospechados. Algunos son tan hábiles que tocan el piano en las comisarías lo que, a más de uno, le pone la carne de gallina o los pelos de punta. Lo de los pelos, aún se entiende, pero lo de la carne parece más difícil, como no sea que alguno la confunda con la piel. En cuanto a records anatómicos, los hay muy curiosos. Algunos consiguen que sus ojos se salgan de sus órbitas lo cual, aparte de asqueroso, no deja de tener su mérito. A otros se les pone cabeza de chorlito y sólo les falta que alguna emoción les dé alas para completar la transformación. También hay cabezas de alcornoque y caras de cemento, y uno no sabría con cuál de aquellos prodigios quedarse. Y muchos logran que sus pelos se pongan como escarpias o que sus

nervios sean de acero. La siderurgia corporal se mezcla con la joyería que es más amplia y provechosa, sobre todo si uno tiene el piquito de oro, perlas en los dientes o labios de rubí. Aunque, si es cuestión de provecho, yo prefiero apuntarme a las instalaciones de extracción petrolíferas que algunos parecen instalar en los caños de su nariz. Sin embargo, lo más complejo, si eliminamos el lenguaje de signos, me parece a mí el milagro de que muchos hablen por los codos. Hay también anatomías curiosas, aunque no tan sorprendentes. A algunos se les ensanchan los pulmones sin que se vuelvan más gordos. Muchos consiguen que se les revuelvan las tripas, lo cual no parece necesario para mezclar su contenido. Y los hay que, cuando les da algo en la nariz, perciben malos olores de aquello que no tiene aroma. A otros se les ponen los pies de plomo, lo cual no es tan milagroso siempre que tengamos con qué rellenarlos. Por cierto que los pies son órganos muy versátiles. Uno puede salir por pies o ponerlos en polvorosa. Incluso con los de plomo se puede andar. Se puede creer a pie juntillas. Y esto no sé si está relacionado con que los pies cantan. En ocasiones las canciones deben de ser sacras, porque parecen servir para que el alma se nos venga a los pies. Aunque, curiosamente, cuando cantan las axilas o cualquier otro órgano no se produce ese transporte místico. Para terminar, hablaré de los rellenos. Porque, por extraño que parezca, muchos tienen la cabeza llena de pajaritos o de serrín, otros parecen sorprenderse porque alguien no tenga pelos en la lengua, y muchos tienen un nudo en la garganta. A veces, no queda muy claro cuál es el contenido. Así ocurre cuando a uno se le llena la boca al hablar, pero, ¿de qué? Y aquí termino la lección de anatomía, antes de que algún lector me mande a tomar por el culo. Y no preguntaré qué es lo que se puede tomar por ese lugar.

Juan Luis Monedero Rodrigo

Había sido un idealista, inconformista y rebelde en su juventud, como todos o la mayoría de los jóvenes de cualquier generación son. Ahora era un adulto más, tan maduro que había perdido la cuenta de los años de su larga existencia, incapaz de calcular los millones de latidos con que su corazón le había obsequiado. No estaba dispuesto a mirar atrás. Había visto morir a

muchos de sus mejores amigos. Había sufrido tantos desengaños y tantos reveses en la vida. Había sentido tantas veces la impotencia de no poder hacer nada o casi nada por los que le rodeaban. Pensaba que sólo los idiotas o los iluminados creían estar próximos a la felicidad. Era un eterno insatisfecho de cuanto había hecho, escrito y vivido. Sólo sabía que la vejez y la muerte estaban al final de su camino, como el de cualquier ser humano. Si había algo más, lo ignoraba. De todo ello era consciente, aunque lo aceptaba con serenidad y sin pesimismo. Sonreía, si alguien deslizaba en sus oídos ciertos términos: la libertad, el pueblo, el progreso, las utopías encaminadas a mejorar el mundo. Eran conceptos demasiado grandilocuentes que, de cuando en cuando, se ponían de moda, o quizás siempre lo estaban, sobre todo para los demagogos. Recordaba las clases de humanidades, a su viejo profesor, un iluso de traje raído que desgraciadamente no tenía donde caerse muerto, y su explicación sobre mitos fabulosos de la Antigüedad, y ¿cómo no?, la platónica e ignota Atlántida. Había escuchado hagiográficas leyendas a crisóstomos predicadores desde la cátedra de sus púlpitos que arrobaban las almas de las parroquias en los días de fiesta. Había devorado con avidez lectora todos los paraísos perdidos bíblicos de Milton, las edades doradas de Augusto o de Lorenzo el Magnífico, las utopías sociales de Owen, Saint Simon o Fourier y otros planes quinquenales, comunales, industriales, económicos, educacionales, tecnológicos… que a lo largo y ancho de la Historia se habían sucedido. Había asistido a mítines de embaucadores oradores, políticos que prometían y prometían, sólo para hacer su agosto desde el poder y practicar sin recato el nepotismo. No es que no concediera crédito alguno a la bondad natural de algunos hombres excepcionales y a sus ideas, pero la mayoría sólo habían buscado medrar, lucrarse, obtener el poder y perpetuarse en él. Había vivido tanto. La vida le había ido descorazonando y con su madurez, de año en año, se había vuelto más escéptico, más suspicaz, menos crédulo y sólo sonreía si alguien deslizaba en sus oídos cualquier postulado utópico para mejorar el mundo.

Martín's

EL HOMBRE PERFECTO

Eran muchos los que deseaban que apareciese. Tantos los que, de uno u otro modo, habían propugnado su búsqueda, tantos los que esperaban su venida, que, por fin, llegó.

Su nacimiento no fue espectacular ni brillante. No nació en el seno de una familia notable. Sus padres eran ciudadanos sin rostro, tipos normales caracterizados por dos números en dos indistintas tarjetas de identidad. Su padre era bibliotecario, su madre cocinera, y a él no parecía que lo esperase un futuro distinto del de sus progenitores o cualquier otro individuo de su clase.

Fue el primer hijo y el único. Cuando nació, sus padres todavía formaban una pareja que se pensaba feliz y se encontraban bien juntos. Fue un niño bien recibido, deseado.

Si todo hubiese seguido igual en su familia, habría disfrutado de una infancia feliz. Pero, antes de que adquiriera conciencia de sí mismo o de sus padres, la situación cambio. El matrimonio comenzó a hacer aguas entre tormentosas discusiones, sin razón aparente, fruto más de la monotonía y de su vida gris, convertida en insatisfacción, mal humor y frustración, que de la existencia de verdaderos problemas. Las diferencias sólo encontraban salida en los reproches mutuos y las continuas broncas, hasta que, por fin, el matrimonio naufragó y dejó al niño solo, con dos padres y dos casas, pero sin verdadero amor. Sus padres, amargados por la vida, le cuidaron por turnos, sin dedicarle nunca una caricia de más, sin demostrarle un cariño que existía, sin embargo, en lo más recóndito de su corazón, oculto por innumerables capas de tristeza, melancolía y dolor, que hacían imposible que nada de ese afecto fuera percibido por el niño. El padre y la madre creían cumplir con su función al proporcionarle todo tipo de comodidades, cuidándolo, educándolo. Sin negarle otra cosa que no fuese el amor.

El niño, por lo demás, mostró desde su más tierna infancia que era especial. Era un niño muy guapo, muy educado, sumamente inteligente y agradable en el trato. Era perfecto, o lo parecía, y, por tanto, era un pequeño monstruo, un ser que, para la mayoría de la gente, causaba una inexplicable repulsión e incomodidad.

Todos nos creemos únicos, superiores en algo. Para nosotros mismos somos todo lo perfectos que se puede aspirar a ser. Nos gusta creernos los más listos o los más guapos, o los más audaces. Los más lo que sea con tal de convencernos a nosotros mismos de que sobresalimos en cualquier faceta. Convencernos, en fin, de que, en algo, somos superiores al resto de los mortales, de que somos especiales y únicos, y no unos inútiles que, además de servir para poco o nada, siempre encuentran alguien que nos supera y hace, dice, piensa, trabaja, escribe mejor que nosotros. Por eso, cuando conocemos a alguien que, decididamente, nos supera en algo o en todo, no podemos evitar que nuestro subconsciente nos traicione y que ese alguien nos caiga gordo, nos parezca un imbécil, o una simple fachada sin contenido. Por más que, racionalmente, sepamos que no tenemos razón. Quizá sea simple necesidad de autoprotección; quizá la cochina envidia. Pero cualquiera puede imaginar lo que ocurriría con nuestro hombre perfecto que, aun siendo un pobre niño, resultaba insoportable para todo el mundo.

Cuando comenzó a ir a la escuela, se mostró bien pronto como un niño brillante y sobresaliente. Siempre sabía más que sus compañeros. Siempre respondía correctamente a las preguntas del profesor. Era pulcro y ordenado. Su ortografía era perfecta, su caligrafía hermosa. Su pupitre siempre estaba limpio, cada cosa en su sitio: en un lado los libros, encima el papel, el lápiz, el bolígrafo, todo tan perfectamente situado que parecía que no hubiera un modo mejor de colocarlo. Esto le valió la felicitación del maestro durante los primeros días. Pero, cuando el profesor lo fue conociendo, dejó de alabar sus aciertos e incluso empezó a tratarle con menos amabilidad y tolerancia que a los demás alumnos. Sin embargo, el niño perfecto no era presumido, ni se daba aires. Era tan amable, tan bueno, que nunca criticó a su profesor, por mal que lo tratase, ni menos aún a sus compañeros lo cual, por otro lado, sirvió para que todos los que lo rodeaban en la escuela le tomasen un mayor "cariño".

Al principio, sus compañeros hablaban con él y hasta le preguntaban sus dudas. Al poco tiempo, todos acabaron hartos de él y lo convirtieron en objeto y víctima de sus juegos. Ninguno quiso ya ser su amigo. Cada cual prefirió burlarse de él, pues a todos les

resultaba antipático, insoportable. Pero el niño perfecto nunca los odió por ello ni se sintió ofendido. Era tan amable, tan bueno, que no podía sentir más que cariño por todos aquellos que le torturaban. Era tan paciente que siempre soportaba las burlas de los otros, sus groserías, sin tomárselas en cuenta. Y aquello fue aún peor para los demás. Alguna vez llegaron a pegarle y él, sabiéndose más fuerte que los otros, no quiso defenderse, temiendo hacerles daño. Era tan amable. Tan bueno.

Según iba creciendo y avanzaba de curso en curso, demostraba su capacidad cada vez mayor, sus dotes que de día en día se hacían más sobresalientes. Consecuentemente, la incapacidad de los demás para amarlo también iba creciendo en idéntica proporción.

El niño perfecto se convirtió en adolescente perfecto. Y se acostumbró a la actitud de los demás hacia él. Incluso podía comprenderlos. Era consciente de su superioridad. Los demás eran inferiores a él, pero él no usaba su superioridad como insulto o para humillar a los otros. Las cualidades propias no le producían orgullo, su superioridad no pretendía herir a los otros, pero los demás sí se sentían heridos por él. No soportaban su amabilidad. Ni su sencillez, su bondad, belleza, inteligencia. Sencillamente, no lo soportaban.

Hubo un profesor que llegó a aborrecerlo de tal modo que le suspendió un examen sólo por hacerle sufrir. Pero el adolescente perfecto no sufrió. Estaba tan seguro de que sus respuestas eran correctas que así se lo dijo a su padre. Éste, por propio orgullo, acudió con él a ver al director y el chico demostró que su examen era perfecto, acertado y original. El director, que sólo le conocía de las entregas de premios a la aplicación a lo largo de los diferentes cursos, corrigió la nota, mientras que el profesor fue expedientado, con lo cual los compañeros del muchacho, que nunca habían sentido mayor aprecio por el maestro, culparon a su compañero por la injusta expulsión de tan amado profesor. El adolescente perfecto tampoco se sintió infeliz por aquella reacción. Pensaba que, al menos, aquella actitud hacía más felices a sus, pese a todo, queridos compañeros.

Al principio, las chicas de su edad que lo veían por primera vez quedaban inmediatamente prendadas de sus inigualables encantos. Pero en cuanto iban conociendo que su perfección no era

sólo imaginada sino real, acabaron por sentir por él idéntico desprecio que todos los demás. Él, por su parte, no se sintió infeliz. Aquellas chicas que antes lo seguían por todas partes y que le escribían notas de amor, le seguían cayendo igual de bien que todo el mundo, aunque su actitud hubiera cambiado y sintieran desprecio por él, porque comprendía su forma de pensar, la manera de pensar de todos, y sabía que aquella reacción era algo natural. Sabía, igualmente, que, por más defectos, taras o prejuicios que los demás acumulasen, él, en su perfección, nunca sería capaz de despreciarlos por ello. Al revés, cuantos más errores cometían, cuantos más defectos mostraban, cuanto más se burlaban de él, él más los quería. Sentía una cierta lástima por ellos y sus limitaciones, pero le caían bien. Pensaba, por otra parte, que aquellas burlas eran buenas para los demás, pues parecían proporcionarles instantes de felicidad, aunque fuera a su costa, y eso a él no le hacía infeliz.

El adolescente creció y pasó del instituto a la universidad. Allí se licenció con honores y prosiguió sus estudios con un brillante doctorado. Obtuvo las mejores notas registradas en la historia de la facultad, realizó los mejores trabajos, presentó la mejor tesina, leyó la mejor tesis doctoral. Nadie pudo objetar su capacidad. Pero, cuando quiso obtener una plaza en la propia universidad, todo fueron barreras, pegas y negativas. Todos sabían que era el mejor en su campo, todos sabían que merecía la plaza más que ningún otro aspirante pero igual que le resultó difícil encontrar un director para su tesis, ahora todos se sintieron solidarios a la hora de negarle la plaza. Los que lo conocían, se convencieron a sí mismos de que no merecía aquel puesto, de que no tenía iniciativa, de que era un inútil que sólo sabía repetir lo aprendido, de que, en resumen, no superaba a todos y cada uno de sus jueces en inteligencia, inventiva u originalidad y, además de aquellas cualidades que tenían que ver con la inteligencia, también en otras como la belleza, esbeltez, simpatía fuerza, en fin, una absoluta superioridad. Y los que no lo conocían, recababan informes de los primeros, con lo que las puertas siempre permanecían cerradas para él. Y, pese a todo, él seguía siendo tan amable, tan bueno.

Su vida sentimental siempre había sido casi nula. El amor, como de costumbre, no existía para él. En el caso de las mujeres, siempre ocurría lo mismo. Todas, nada más conocerlo, se enamoraban locamente de él hasta que se daban cuenta de su perfección, de su superioridad a ellas en todo, y entonces pasaban a despreciarlo, convenciéndose de su fealdad, estupidez, maldad, de cualquier defecto con tal de justificar su menosprecio hacia aquel monstruo.

Abandonado el sueño académico, nuestro hombre entró en el mundo laboral. El hombre perfecto nunca logró sobresalir exageradamente en ningún campo. Nunca se hizo famoso. Ni rico. Ni se convirtió en un líder de masas. No por incapacidad, que por algo era perfecto, sino por las infinitas trabas que le eran puestas como muros infranqueables, para impedir su, de otro modo, imparable ascensión hasta la cumbre.

Continuó llevando una existencia más o menos gris. No era infeliz con ella, aunque tampoco dichosamente feliz. Había momentos buenos, aunque predominaban los malos. El desprecio ajeno no lo entristecía demasiado, pues pensaba que aquella actitud proporcionaba a sus semejantes algo de felicidad, además de responder a un instinto de autoprotección. Pero tal situación no podía colmarle a él de felicidad.

En una ocasión creyó encontrar el verdadero amor. Sucedió cuando conoció a la mujer casi perfecta. Su único defecto consistía en su engreimiento, que la hacía bastante presumida y muy coqueta. Cualquiera podría objetar que, siendo así, estaba tan lejos de la perfección como cualquier mortal, porque la perfección es un absoluto, sin grados: se es perfecto o no se es; así de sencillo. Pero en la imperfección sí que hay grados –otra cosa es que se deban establecer comparaciones-, y nuestra mujer imperfecta era, desde luego, la menos imperfecta de las mujeres. Por otro lado, muchos hombres pensarían que la coquetería es parte intrínseca de la perfección femenina.

La mujer casi perfecta era turbadoramente hermosa, increíblemente inteligente, incomparablemente simpática, hábil, capaz. Parecía estar hecha casi a la medida del hombre perfecto, pero sólo casi, puesto que nadie podía corresponder perfectamente a

la superioridad del hombre perfecto, igual que él no estaba hecho a la medida de ningún ser humano.

El caso es que, al principio, los dos creyeron haber encontrado su gran amor, un auténtico flechazo a primera vista. No tardaron en comprender que no era así. Lo que al comienzo era amor, pronto se transformó en indiferencia que, finalmente, evolucionó hacia el desprecio, casi hasta el odio, en el cual no llegó a transformarse porque ambos eran incapaces de un sentimiento tan oscuro e imperfecto.

Al comenzar su relación, los dos creyeron encontrar lo que siempre habían estado buscando: alguien parecido con quien sentirse a gusto, alguien con quien hablar de igual a igual sin miedo a apabullar al interlocutor, alguien con quien compartir la pena de la soledad previa y con quien romper esa soledad. Todo parecía ser de color de rosas, pero pronto las rosas se marchitaron y el color se hizo gris y molesto. El hombre perfecto no se sentía cómodo con una persona respecto de la cual apenas tenía una diferencia. No le agradaba que sus posturas fueran siempre coincidentes, de que no hubiera contraposición de ideas, de que, en fin, ambos se parecieran casi como dos gotas de agua. Una relación así no tenía gracia. Le faltaba chispa. Ninguno de los dos se sentía a gusto con el otro y, de común acuerdo, ambos decidieron separarse para no volverse a encontrar jamás.

El hombre perfecto tuvo entonces plena consciencia de que no era feliz. Al contrario, se sabía profundamente desgraciado. Haber conocido a la mujer casi perfecta no le había hecho feliz y comprendía que tampoco la gente normal podía sentirse feliz en presencia de alguien como él. Tampoco cuando lo despreciaba o se burlaba de él. Había estado equivocado mientras pensó que aquel desprecio hacía menos infelices a los otros. La confusión radicaba en la falta de conocimiento sobre aquel asunto, no en su posible imperfección, pues era perfecto, pero no adivino y menos de los sentimientos ajenos. Ahora se sentía infeliz y desgraciado por sí mismo y también porque su presencia era motivo de la infelicidad de los otros. No era necesaria ninguna acción para provocar el odio y la

infelicidad ajenos. Simplemente, bastaba su mera existencia para provocar aquella desagradable reacción.

Este conocimiento llevó la amargura al corazón del hombre perfecto, pero también una luz de esperanza. Puesto que no era feliz, tampoco era perfecto. La perfección, según él lo veía, debía incluir la felicidad. Los demás no tenían por qué odiarlo, ya que su supuesta superioridad no existía. Él era tan infeliz como cualquier otro. Aquel era su defecto. Estuvo tentado de gritarlo a los cuatro vientos, pero no se precipitó. Pese a su recién descubierto defecto, seguía estando tan cerca de la perfección que, después de meditar brevemente su nueva idea, se dio cuenta de que su argumento era equivocado. La emoción, el deseo, le habían llevado a cometer su único error. Su infelicidad era innegable. Pero eso no significaba que no fuera el hombre perfecto. Faltaba un detalle en el razonamiento, tan claro y evidente que se avergonzaba de sí mismo por haberlo olvidado por un instante. El detalle era tan sencillo como la pregunta que brotó en su cabeza: ¿acaso alguno entre los demás seres humanos era feliz? Con sus defectos, sus errores, sus sufrimientos y trabajos, sus envidias, sinsabores, odios, ¿podía alguien ser feliz? Más aún, ¿podía alguien en tales o en cualesquiera otras circunstancias ser o considerarse verdaderamente feliz? La respuesta era una, indudable: tajantemente, no. Siempre habría algo que impediría a cualquier hombre ser feliz. No momentáneamente feliz, sino verdaderamente feliz. Con ello, nuestro hombre ya no podía considerarse casi perfecto. Si la infelicidad forma parte esencial del hombre y nadie puede aspirar a una felicidad absoluta él, por el hecho de ser hombre, debía ser infeliz, como todos sus semejantes. La infelicidad ya no podía considerarse un defecto, sino un signo de humanidad. En realidad, podía seguir considerando la infelicidad como una imperfección, pero compartida por todo el género humano. No un defecto de cuya existencia pudiera convencer a sus semejantes para ser aceptado en su defectuosa sociedad. Esta nueva idea entristeció aún más al hombre perfecto.

El hombre perfecto, que ya no se consideraba tal, vio, desde entonces, su vida como un infierno. Nada había cambiado en el trato con los demás. Todo seguía igual. Salvo el hombre perfecto. Antes no

le resultaban dolorosas las burlas de los otros, ni sus desprecios, reproches u odios. Pero, desde que tuvo consciencia de que aquello no hacía más felices a los demás, las burlas sólo sirvieron para acentuar su propia infelicidad.

El hombre perfecto vivió algunos años tan amargado como el resto de los mortales y más, quizá, que muchos de ellos. Pero esta desagradable situación tuvo, por fortuna, un final.

El hombre perfecto había pasado los últimos años de su vida dando tumbos de un lado a otro. Trabajando en empleos sin importancia durante cortos periodos de tiempo, ganando dinero tan sólo para subsistir hasta que le llegaba el despido, cuando el patrón o los compañeros le conocían lo suficiente como para considerarlo insoportable. Entonces, se iba a vivir a cualquier otro lugar donde no le conocieran para volver a empezar en un nuevo trabajo y una nueva vida hasta ser nuevamente despedido.

Encontrar un trabajo, un empleo cualquiera, no era difícil, puesto que tenía capacidad y habilidad para desempeñar cualquier tipo de tarea. Lo complicado era mantenerse en un mismo empleo durante una temporada medianamente larga.

De esta manera, en uno de sus habituales tumbos, fue contratado como payaso en un circo de provincias para realizar una gira en sustitución de otro payaso, enfermo y borracho. El hombre perfecto no tuvo ningún inconveniente en aceptar el trabajo. Sabía que no le sería difícil desempeñarlo y además el sueldo, sin ser bueno, era mejor que los de algunos trabajos anteriores.

El primer día que actuó lo hizo en un pueblo donde había estado trabajando como cualquier cosa. Entre el público se hallaba mucha gente conocida, personas por las que se había sentido odiado. Con su peluca roja, la cara pintada de blanco y la nariz de goma no le reconocieron. Él se dedicó a realizar su número, lo que no le resultó en absoluto difícil. Con su perfecto sentido del humor consiguió que toda la gente sin excepción sonriese, riese y se carcajease cuando él quiso. Él era el dueño de la situación y parecía controlar los resortes y músculos de la risa de todos los espectadores. No hubo una sola persona que no quedase satisfecha con su actuación y el hombre perfecto, al ser aclamado por el público, se sintió feliz. Ahora volvía a

sentirse perfecto, después de tanto tiempo. Había hecho felices a los demás o, si no tanto, al menos les había hecho olvidar sus penas y aquel era motivo más que suficiente para estar satisfecho. Además, no se sintió odiado por nadie. Sí hubo quien se burló, pero eran burlas sanas en medio del jolgorio y dirigidas al payaso, no al hombre que se ocultaba tras él.

El hombre perfecto se convirtió en el payaso perfecto. Pronto se hizo famoso y fue contratado por circos cada vez más importantes, en cada ocasión con un público más numeroso frente a él, con más personas a las que hacer olvidar sus penas. Por primera vez en su vida, llegó a sentirse amado. A nadie, salvo a algunos payasos envidiosos de su éxito, pareció importarle que fuera un payaso perfecto, al contrario, precisamente por ello la gente le aplaudía emocionada y los niños deseaban abrazarle y besarle después de cada actuación. Tampoco tuvo problemas con los empresarios o los compañeros. Bastaba con seguir siendo payaso fuera de la pista. Nadie se toma en serio a los bromistas.

El hombre perfecto, cuya existencia había sido olvidada por casi todos, se convirtió en el bobo perfecto del que los demás podían reírse sin herir a nadie. Había encontrado, tal vez, el único lugar posible para que un hombre perfecto no resultase molesto a los demás.

Sabía que era capaz de hacer muchas otras cosas y que, quizá, estaba desperdiciando su talento, que podía haber producido frutos mucho más brillantes. Pero su perfección y sus capacidades no le importaban lo más mínimo mientras pudiese sentirse amado por sus semejantes. Seguía sin ser absolutamente feliz pues, ¿quién puede pretender serlo?, pero, para él, todo aquello era más que suficiente.

Cuentan, eso sí, que el payaso perfecto sigue actuando por todos los lugares del mundo, viajando continuamente de un lugar a otro, sin detenerse demasiado, para evitar que alguien pueda reconocer en él al odiado hombre perfecto y acabe con su, ahora sí, alcanzada perfección.

Juan Luis Monedero Rodrigo
(extraído de "Absurdo", JLM 1989)

C'EST L'AMOUR

¿Quién nos ha engañado? Quizá nosotros mismos, aunque muchos otros, a nuestro alrededor, nos han vendido desde bien niños la ilusoria imagen del AMOR VERDADERO envuelta con bonitos lazos de irresistible magnetismo. Todo para que, al final, nos hayamos estrellado contra la cruda realidad. No existe el amor perfecto e ideal porque, entre muchos otros impedimentos, el hombre perfecto –o la mujer perfecta- no pasa de ser una simple utopía.

Así, establecemos relaciones buscando ese ideal del amor y siempre nos vemos defraudados en nuestras esperanzas. Puesto que nadie puede colmar la imagen ilusoria de nuestro verdadero amor, pensamos, o nos empeñamos en creerlo así, que nuestro último novio/a no era nuestro amor verdadero y, por eso, fracasó nuestra relación. Quizá el otro miembro de la pareja haya pensado exactamente lo mismo puesto que, igual que él/ella no colma nuestros deseos, nosotros tampoco podemos aspirar a ser ese ideal amoroso en la cabeza de otra persona.

Quizá la media naranja existe, al menos en algunos casos. Y sólo sea una cuestión de oportunidad y estadística el que nos tropecemos con ella. Evidentemente, tan exquisita reciprocidad de gustos, caracteres y pareceres ha de ser muy difícil de encontrar. Y esto, en vez de convencernos para asumir un amor real, aunque no sea nuestro ideal, puede movernos a buscar con más ahínco nuestra mitad restante, dándole aún más valor al emparejamiento precisamente por su dificultad. Uno puede seguir huyendo indefinidamente de la realidad. O tal vez tenga suerte y encuentre su ideal. O, lo que es más probable, convierte en ideal a quien no lo es. Y entonces, una vez hallada la pareja, ya puede convencerse de haber encontrado el verdadero amor. Momento en el cual dejan de actuar nuestra razón y nuestra cordura y nos volvemos ciegos, sordos y bobos. A veces, y esto es lo deseable, la locura de amor nos dura mucho tiempo, quizá hasta el término de nuestros días. Pero lo más probable es que la cruda realidad asome a nuestra vida más pronto que tarde y el perfecto amor haga aguas por todas partes, demostrándonos que, finalmente, la pareja ideal era una persona de carne y hueso, con defectos y virtudes. Ahora podemos hablar de corazones rotos o de

desencuentro, o incluso admitir nuestro error. Pero rara vez admitiremos que el fallo de concepto estaba en asumir la necesidad de ese amor verdadero e ideal como el único posible y deseable.

A fin de cuentas, el amor ideal es muy hermoso y como sueño es magnífico y cautivador. Pero sabemos racionalmente que es irreal. Como ridículo resulta suponerlo eterno cuando sabemos lo limitada de nuestra vida. Porque el amor se produce entre personas de carne y hueso. Y bastante suerte es hallar la compatibilidad, la afinidad, la atracción, aunque no en el grado sumo y perfecto en el que la soñamos. Porque soñar amores perfectos puede ser un bonito entretenimiento pero, como muchos ya saben, supone tan sólo un enamorarse del amor que raramente nos lleva a buen puerto. No existe el amor perfecto, como tampoco la felicidad absoluta. Entonces, conservemos nuestros sueños ideales, si así lo queremos, pero dejemos abiertas las puertas de nuestros corazones a los amores imperfectos que son los únicos que pueden llegar a llenarlos con una alegría más o menos duradera. Si uno llega a amar verdaderamente a una persona, qué objeto tiene idealizarla y convertir en irreal aquello concreto que llegamos a querer por lo que es y no por lo que nos gustaría que fuese.

En fin, ya sabemos que no es fácil renunciar a los sueños hermosos.

Juan Luis Monedero

HIPOCRESÍAS AJENAS

Todo el mundo sabe con total seguridad que soy un capullo en toda regla. Algunos tienen la mala costumbre de olvidarlo, pero aquí estoy yo para recordárselo y, de paso, desenmascarar a otros capullos tan notables como yo aunque bastante menos sinceros que yo.

Me refiero a toda la caterva de los De Lego y a su viejo "amigo" el señor Grogrenko. Aparte de que sean unos payasos convencidos de que su estupidez puede ser llamada genialidad y sus instintos reprimidos constituyen una forma de exquisita virtud, algo que, cualquier persona con dos dedos de frente es capaz de juzgar por sí misma, debo añadir que son unos hipócritas de cuidado. Yo no suelo juzgar con demasiada severidad los vicios ajenos puesto que

comparto felizmente muchos de ellos. Pero no soporto que me quieran dar gato por liebre y la hipocresía es uno de los pocos defectos que me parecen auténtico pecado.

Ya que quiero dar muestras de sinceridad, eliminaré de esta lista de indeseables a Euforia de Lego, el único espíritu interesante del grupo. Lo hago por dos razones. En primer lugar porque, al margen de una cierta chaladura sociológica y pseudoprogre, la chica es buena gente. En segundo lugar, porque está muy buena y no me gustaría perder la ocasión de camelármela por meterme con ella. Todavía no he perdido la esperanza de echarle un polvete algún día y ella lo sabe. Como también se avergüenza de su familia, no creo que me tome en cuenta la información que voy a proporcionar a continuación.

Contra Narcisito no tengo más que es un gilipollas más variable que el viento. Pero a los que de verdad no soporto es a los impresentables de la Fulgencia y el Gazpachito. Estos, además de ser tontos integrales, van de beatos meapilas, de esos que parece que al cagar obran milagros. Siempre hablando de la virtud, el sacrificio y su santidad. Bueno, pues para demostrar que son tan cerdos como cualquier hijo de vecino y bastante más que muchos hay algo más convincente que mis propias palabras.

Hace pocos meses, pasé una temporadita trabajando para el CESID. De aquel tiempo conservo pocos recuerdos. Mi padre, como de costumbre, me buscó el enchufe para cobrar sin dar chapa a costa del erario público. Se supone que yo debería de estar en una oficina clasificando datos. No tenía obligación real de hacer nada, pero aquello era un coñazo. De modo que el segundo y último día que pasé como trabajador del servicio de inteligencia me puse a rebuscar algo interesante entre los documentos reservados. Y vaya si lo hallé. Fue ahí donde aparecieron Grogrenko y los De Lego. Encontré unas viejas grabaciones hechas en casa del señor Gazpachito Grogrenko hace años, cuando todavía había algún lerdo en el ministerio que lo pensaba un peligroso revolucionario. Nunca lo fue sino, al contrario, un reaccionario de cuidado. El problema es que decía tantas sandeces que nadie lo entendía y algún tipo del CESID andaba preocupado no fuera a utilizar algún lenguaje secreto. Así que me puse las cintas dispuesto a pasar un buen rato escuchando sus estupideces y la

sorpresa fue que me lo pasé aún mejor de lo previsto. Tanto que estuve toda la tarde escuchándolas. No estuve más porque me pillaron y me despidieron. Pero las cintas me las llevé. No me metieron un puro por hurgar donde no debía porque para eso estaba por allí mi papaíto. Del CESID no cobré un duro, pero lo de las escuchas moló cantidad. Sé que son ilegales, pero no por ello voy a privar al querido lector de disfrutar de las más hermosas perlas de virtud en casa de Grogrenko como son las dos conversaciones, con alguna que otra nota explicativa, que transcribo a continuación. Había muchas más conversaciones sin interés y muchos silencios, pero no merece mencionarlos. Para que no haya dudas sólo falta aclarar un detalle: en una de las conversaciones parece que hay tres personas, pero no es así. Nicolasa y Fulgencia son la misma persona, la marquesa de porras y viuda de De Lego. El segundo nombre –Fulgencia Iconoclasia Martín-López-Núñez de la Olla y Redondo de Ternera- es el verdadero, pero a la buena señora le ha dado por utilizar cada vez más el primero –Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera-, lo que ella llama su pseudónimo literario por considerarlo –no entiendo el porqué- más eufónico. Pues me dejo de rollos y allá van:

1ª Conversación. Personajes: el salido de Grogrenko y Euforita de niña.

Transcripción:

(Suena el timbre y se abre la puerta)

Euforita (E): aquí le traigo unos libros de parte de mi madre señor Grogrenko.

(Ruido de la puerta al cerrarse)

Grogrenko (G): Pasa bonita, pasa que te doy de merendar.

E: Tengo mucha prisa. Mamá me espera…

(La voz suena incómoda)

G: ¡Vaya! Hoy que te tenía preparados unos dulces.

E: ¿Sí? (desconfiada)

G: Chocolates de los que te gustan.

E: Pero no empezará a mirarme como el otro día.

G: ¡Ay, Euforita! ¡Qué imaginación!

E: Ni a tocarse, que luego huele mal.

G: Pero si no ocurrió nada de eso, monina.

E: Y deje de tocarme el pelo o se lo diré a mamá.

G: Pero, ¡qué tontería! Anda guapa, ven al salón.

(Ruido de pasos, pausa)

E: ¿Y el chocolate? (pausa) ¡Qué asco! Está pringoso y medio derretido.

G: Que va, que va. Si está muy rico. Anda siéntate.

E: No, no y no. Además se está poniendo usted muy raro. Todo sudoroso y con cara de salido.

G: ¡Qué tontería! Pero qué sabrás tú de eso (la voz suena nerviosa y entrecortada)

E: Pues no quiero su chocolate y deje de tocarse la bragueta, tío guarro (pausa, gemidos) Yo me voy. Adiós. Y se lo voy a decir a mi mamá.

G: Pero si no pasa nada, monina. (portazo) Mierda. (pausa, sonido de cremallera, gemidos, pausa, silencio)

2ª Conversación. Personajes: el mismo salido de Gazpachito y la castísima doña Nicolasa.

Transcripción:

(Se abre la puerta)

Grogrenko: Pase doña Fulgencia, pase usted.

Nicolasa: Llámeme Nicolasa. Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

G: Sí (apenado), desde antes de que falleciera su marido que en gloria esté.

N: ¡Ay! No me lo recuerde usted. Hoy que me sentía casi feliz.

G: Lo siento doña Nicolasa. Usted sabe que mi última intención sería la de apenarla.

N: Esté usted tranquilo que no se lo tomo en cuenta.

G: Sígame al gabinete y le enseñaré esos bonitos comentarios a los salmos y la traducción de la "Moral Católica y Propedéutica" de Emmanuel Prick.

(Pausa, sonido de pasos)

N: Estaba deseando tenerlo entre mis manos.

G: ¿Qué le parece?

N: ¡Oh, es delicioso! Pero tiene la letra muy pequeña. ¿Qué pone aquí?

G: A ver, a ver. ¿Le parece que me estoy acercando demasiado?

N: ¡Oh, claro que no! Es usted un perfecto caballero.

G: Pues sí (carraspeo incómodo) ha abierto usted por una de las brillantes páginas dedicadas al terrible pecado de la lujuria. ¡Pero qué cuello tan sensual tiene usted, doña Nicolasa!

N: ¡Oh, que galante es usted don Gazpachito! (pausa) Interesante, realmente interesante este libro (respiración entrecortada y jadeante) También usted está hoy muy elegante don Gazpachito.

(Pausa larga, ruido de telas rozándose)

N: ¡Gazpachito!

G: ¡Fulgencia de mis entretelas! Digo, ¡Nicolasa!

(Gemidos, jadeos, ruidos varios)

N: Más, más, Gazpachito.

G: Sí, sí, ya voy… si consigo quitarle esta dichosa faja… ¡Ya está!

(Más gemidos, breves jadeos entrecortados, un sonido rítmico y ligeramente viscoso)

G: ¡Ah, ya me viene, me viene!

N: ¿Tan pronto? ¡Oh, querido! Sí, sí, sí…

(Gemidos finales, jadeos, silencio, larga pausa)

G: ¡Ejem! (carraspeo incómodo) Como le iba diciendo, la destrucción de los valores tradicionales en nuestro tiempo parece un proceso irrefrenable.

N: ¡Qué razón tiene usted, don Gazpachito, qué razón! Esta sociedad va a ser consumida por el pecado…

(La conversación sigue así, en tono moralizante y constructivo, durante dos horas más, como si nada hubiera pasado)

No voy a transcribir todos los rollos que estos dos se contaron. No tengo más grabaciones interesantes, pero estoy seguro de que este encuentro no fue el único. Ni tampoco el de Euforita. Aunque sí sé por ella misma que desde niña odia al señor Grogrenko y

nunca más le ha dirigido la palabra. En fin, que como muestra me parece que estas dos conversaciones son perlas de interés general. El CESID dejó a Gazpachito tranquilo al comprobar que era un hipocritón salido pero no un revolucionario y, gracias a sus buenos trabajos y los míos, algo de luz ha sido arrojado sobre la vida de tan insignes personajes.

Bueno, Gazpachito y Nicolasa, cuando leáis esto ya sabéis: ¡A joderse tocan! Pero no os lo toméis en sentido literal que ya estáis un poquito mayores y lo mismo os rompéis con el esfuerzo.

Sergi Lipodias

A Supermán Bizarro

EN SU JUSTO TÉRMINO

El universo es tan sólo aquello que nuestra limitada experiencia nos permite conocer y examinar. Su universo era decididamente reducido.

Los dos ocupaban lo que parecían salas de una caverna, pequeños huecos rodeados por impenetrable roca. Quizá por ese carácter de impenetrable ambos acostumbraban ignorar los límites de sus universos. Así, en plural, porque lo que, desde fuera, podía parecer minúsculo e indistinto, en la cercanía se mostraba diverso y disjunto, imposible de reunir en una misma categoría. Las dos salas estaban separadas por un grueso material transparente, a modo de cristal que, como un muro hecho de ventana, dejaba ver lo que ocurría del otro lado. Tal era la simetría del lugar que alguien poco avisado o nada observador podría haber confundido las dos salas con una sola en cuyo extremo hubiera un enorme espejo. Las dos salas eran muy semejantes, sí, pero observando con detalle, su parecido se diluía y triunfaba la diferencia.

No sólo era que los objetos fueran diferentes y que lo que ocurría a un lado no era reflejo de lo del otro. En todo caso, si de reflejo hubiera que hablar, sólo podría sugerirse que los tonos grises del uno y sus formas angulosas sólo eran un pálido reflejo, una imperfecta imitación, de la luminosidad y la perfección del otro. Como en uno de aquellos antiguos espejos de metal, una de las salas,

espléndida y perfecta, se reflejaba oscurecida y borrosa en el otro lado.

En cada sala trabajaba un laborioso Creador, pendiente de su trabajo, esforzado artífice de su universo. Ambos observaban su trabajo y, sólo de vez en cuando, alzaban la vista para observar lo que ocurría al otro lado, en la inalcanzable mitad de su universo conocido, próximo y lejano como si se encontrara en otra dimensión.

A fuerza de decir la verdad, habría que añadir que uno de los creadores observaba con más frecuencia, más vehemencia y desánimo al otro lado, mientras que el segundo de ellos sólo dirigía a su semejante miradas casuales e incómodas, fastidiado por esa cercana presencia que a él le resultaba en cierto modo ominosa.

El primer Creador, sentado pensativo en su taller, mascullaba juramentos entre labios. Cientos de planes bullían en su cabeza y allí parecían realizables y perfectos. Pero, cuando trataba de llevarlos a la práctica, algo fallaba. Aunque ponía todo su empeño en la ejecución de los proyectos, su habilidad no era suficiente como para lograr el éxito. El fracaso era doloroso, frustrante. Pero peor era mirar al otro lado.

Más allá del espejo habitaba el otro Creador. Ninguno de los dos tenía nombre. Para el primero la presencia del segundo suponía un enorme incremento de todos sus dolores. La ignorancia anestesia las sensaciones. El conocimiento de las propias limitaciones sólo se alcanza por comparación con la destreza ajena. El Creador llamaba espejo a aquel panel que separaba las dos salas, los dos mundos, tan distintos.

De su lado el mundo era imperfecto, cruelmente defectuoso. Quizá lo parecería menos si no hubiera conocido por sus sentidos que la perfección era posible. Podía verla con sólo observar al otro lado del cristal. El laborioso personaje que allí residía era capaz de crear la belleza sin esfuerzo aparente mientras que a él, desde su lado, todas las obras se le volvían horribles aproximaciones de las creaciones soñadas, tan perfectas en su mente como las vistas del otro lado.

Poco importaba que el primer Creador empeñase todo su esfuerzo e ilusión en sus obras. Poco importaba que las realizase con

todo el amor de que era capaz o que les dedicase infinitas horas de trabajo y vigilia. El resultado nunca era acorde con la inversión. Fuera como fuese el camino empleado para alcanzar el final de la obra, el artífice jamás podía sonreír satisfecho. Sólo se le ocurría un apelativo para describirla: patética. Como lastimoso era su esfuerzo a cambio de nada.

Hubo alguna ocasión en la que llegó a sentir un íntimo orgullo por la labor realizada tras horas y horas de penoso esfuerzo. Pero bastaba con alzar la vista y mirar al otro lado, aunque fuera de modo casual, para comprender que su creación era basura, una porquería más que añadir a la colección de miserables obras nacidas de sus manos. Alguna vez llegó a romper lo que acababa de fabricar con todo su esfuerzo y cariño.

El Creador se sabía torpe e inhábil. Pero no se consideraba inferior a su indolente rival. Él merecía mucho más que aquellas chapuzas que una y otra vez elaboraba. ¿No merecían premio el esfuerzo y la constancia? Además, sus sueños eran hermosos y él sabía reconocer la belleza que quería crear. ¿Por qué no podía hacerla real más allá de su mente? El otro Creador, sin embargo, lograba alcanzar la perfección sin dedicar tanto esfuerzo como él, sin sus penurias. Daba la impresión de que sus artefactos y objetos se formaban de manera natural y espontánea, sin que la voluntad del artífice fuera necesaria para su elaboración.

El Creador torpe envidiaba a su vecino. Envidiaba su fortuna y su despreocupada habilidad. Envidiaba su obra perfecta. A sí mismo se decía que no envidiaba a aquel fantoche. Y quizá aquel vano orgullo era un pensamiento cierto incluso en su subconsciente. Él aborrrecía al otro Creador. Si lo envidiaba no era por él mismo sino por sus creaciones, tan perfectas y elaboradas sin mayor esfuerzo que el que cuesta caminar o sonreír. En el fondo de su corazón, el Creador inhábil guardaba la convicción de que la tenacidad tendría su premio. Tarde o temprano, de sus manos torpes y chapuceras brotaría la perfección y ya no tendría que observar hacia el otro lado para ver la proyección de sus deseos e ideas. Entonces sería su vecino el que se lamentase de su impericia y maldijese sus vanos esfuerzos por acercarse a la perfección. El primer Creador, sospechando la

existencia de un Creador de Creadores, artífice de ese universo dividido y simétrico, no podía admitir que su esfuerzo no fuera recompensado, que el Creador de Creadores permaneciera insensible a sus trabajos y su perpetua frustración.

Pero, si existía aquel tercer Creador soñado por el primero, no se apiadó de sus penas. El ciego azar, el destino o la voluntad divina, quiso que sus manos permanecieran tan tristemente torpes e inhábiles como hasta entonces, independientemente del esfuerzo realizado. Lo extraño del caso es que el primer Creador no desistió de sus trabajos. Con admirable constancia, armado de amor propio, siguió fabricando objetos imperfectos y defectuosos. ¿Por qué no abandonó su trabajo? ¿Por qué no se rindió al desánimo? Primeramente por orgullo. En alguna ocasión pensó en dejarlo todo. Más frecuentemente pasó por su imaginación la idea de ocultar con una lona la visión del arte perfecto que su vecino desarrollaba al otro lado del cristal. Pero nunca se dejó vencer por tan oscuros pensamientos. Otra cosa habría sido renunciar a sí mismo y, si uno renuncia a su esencia, más le vale dejar de existir, desaparecer sin dejar rastro. Esa clase de claudicación no entraba en los planes del Creador. Si había de desaparecer, lo haría luchando contra la adversidad, trabajando como siempre. Si tan sólo brotara de sus manos una obra perfecta, merecedora del recuerdo, su esfuerzo, su existencia, no habrían sido en balde. Como su único modo de autoafirmarse frente a la adversidad era aferrarse a sus sueños, siguió trabajando, jornada tras jornada, empeñado en vencer las limitaciones que lo agarrotaban.

Su vecino, por el contrario, se consideraba feliz. Su vida transcurría plácida mientras desarrollaba su labor creadora. Aquel pequeño universo no era una jaula, no un encierro frustrante. Era su vida sencilla y plena. Si no fuera por la presencia incómoda de aquel ser despreciable que lo observaba desde el otro lado, el segundo Creador se habría confesado completamente dichoso.

El otro tenía razón en algunas de sus apreciaciones. El Creador hábil no necesitaba esforzarse especialmente para crear sus obras. Le salían así con suma naturalidad, apenas sin dedicarles atención. Era algo tan simple, casi rutinario, que, en ocasiones, podía llegar a aburrirle. Aunque el aburrimiento no duraba, porque

enseguida se le ocurrían nuevas ideas que le movían a regresar al trabajo con más ánimo. Su limitado mundo le bastaba para sentirse satisfecho. Si no fuera por aquel aborrecible personaje al otro lado…

En ocasiones pensaba que algún ser cruel, quizá el Creador de Creadores que vislumbraba su vecino, había tenido la idea de colocarlo en aquel lugar rodeado de toda la belleza que deseaba pero cercano a la presencia de aquel pobre tipo que lo observaba con odio supremo desde el otro lado del cristal. A veces, sin apenas darse cuenta, alzaba la vista de su obra y se encontraba observando al otro Creador, a aquel chapucero que parecía incapaz de ejecutar una sola obra bella. En ocasiones pensaba que su vecino trabajaba mal adrede, para hacerle sufrir ante sus monstruosidades. Era cierto que su mundo estaba rodeado de belleza, pero en él existía una nota discordante del otro lado del cristal. Desde su paraíso particular podía observar el infierno próximo. Realmente, solía pensar, no existen los paraísos perfectos. Si le hubiera servido de algo, quizá habría cubierto el cristal con un velo, para no tener que ver al vecino y su horrible mundo. Pero no lo hacía, y no por imposibilidad material sino, al contrario, por falta de voluntad. Le costaba mucho trabajo admitirlo, pero en realidad, junto con la repugnancia, sentía una insana atracción por aquel lugar oscuro y anguloso donde trabajaba ese tipo, el hacedor de fealdad, necesario complemento para que la belleza de su mundo pudiera resaltar o, siquiera, ser definida por el simple contraste.

El segundo Creador, aunque horrorizado por la presencia del otro, se resignaba a la situación. Si el mundo había de ser así, y contener su nota de fealdad, él lo aceptaría y proseguiría tranquilamente con su trabajo. El primer Creador no se resignaba, pues nada poseía que mereciera la pena ser conservado. Por ello se obcecaba en completar sus creaciones y compararlas sufridamente con las de su rival. Nunca consiguió igualar su belleza, ni tan siquiera redujo la fealdad de sus obras. Al contrario, parecía que cuanto más se esforzaba en ellas, más horribles le salían. Pero un día, el rostro irritado del primer Creador se crispó extrañamente, dando a sus facciones un aspecto temible. El Creador había sonreído e, incluso, llegó a soltar una carcajada, la primera, cuyo sonido le sorprendió,

acostumbrado al silencio absoluto. La carcajada, sin llegar a ser escuchada por el segundo Creador, sí fue vista desde el otro lado del espejo. La mueca de aquel tipejo le pareció horrible y demoniaca. Le asustó tanto que le hizo concentrarse en el trabajo sin alzar una solar vez la vista durante un buen rato, al cabo del cual pudo comprobar que la mueca se había suavizado, aunque el gesto, de enorme concentración, seguía pareciendo terrible, y en él se mantenía una sonrisa burlona y repugnante. El otro trabajaba con denuedo y, a ratos, sonreía ante sus progresos, sin prestar la menor atención a su asustado vecino. No sabía qué trataba de hacer aquel loco. La obra que se elaboraba entre sus manos no se parecía a ninguno de sus intentos anteriores, aunque tenía su mismo aspecto horrible. Parecía una especie de cilindro grueso y deforme, terminado en un pegote de roca descomunal.

El primer Creador, más que feliz, se sentía poseído por la pasión. Su frustración le había hecho tener una idea terrible y maravillosa. No era justo que su rival crease belleza y él sólo horror. Y si el mundo no era justo, algo habría que llevar a cabo para cambiar el estado de las cosas. Su primera idea fue la justicia. La segunda, la venganza. Puesto que de sus manos sólo nacían obras terribles y deformes, aprovecharía su habilidad para lo horrible en la creación de un objeto concreto. Por eso sonrió y soltó la carcajada. De seguido, sin perder la concentración, aquel gesto de poseso a que se refería el otro, empezó a trabajar en la fabricación de una enorme maza, cuya deformidad, lejos de ser perjudicial, obraría el milagro de la venganza. Si sus manos inhábiles sólo eran capaces de la imperfección, del mal, les daría un uso destructivo, para el que sin duda estarían capacitadas.

Ni por un momento dudó de que su idea iba a funcionar. Con metal, madera y roca de la gruta, construyó una impresionante cachiporra, de aspecto temible y peso exagerado. Alzándola dificultosamente con ambas manos se plantó delante del cristal. Del otro lado, su vecino, que hasta entonces simulaba proseguir con su labor, lo observaba con horror y en su expresión se dibujaba una mueca de pánico.

El primer Creador no aguardó. Descargó con todas sus fuerzas un primer golpe sobre el recio cristal. No fueron necesarios más. El primero había resultado definitivo. El cristal se rompió en mil pedazos, hecho añicos. Pero ninguno de los dos creadores fue muy consciente de lo que allí sucedía hasta que todo acabó. Se produjo una especie de torbellino. Los objetos de ambas grutas saltaron por los aires, volando de un lado a otro, a la par que los creadores eran succionados hacia el centro por alguna extraña fuerza. Entretanto, la gruta parecía menguar, como si sus paredes se aproximaran desde ambos extremos. Una vez roto el cristal, los dos pequeños universos se atrajeron mutuamente y acabaron fundiéndose en uno sólo. El resultado de aquella fusión fue sorprendente. Cuando todo se serenó sólo quedaban una sala y un Creador, que no eran ninguno de los anteriores, sino una mezcla de lo que ocupaba ambas salas. El nuevo Creador, sin memoria de todo lo acontecido, inspeccionó su universo, una pequeña gruta, luminosa y llena de metal, roca, barro y todo tipo de materiales. Sin saber qué había ocurrido, sin preguntarse por el origen de su sabiduría, se limitó a tomar la materia de la gruta y comenzó a moldearla, ejecutando pequeñas obras y artefactos, muchos bonitos pero imperfectos, otros feos pero con algún detalle curioso, como todos los que se pueden crear en el mundo real.

Aquel nuevo universo, mezcla de los dos anteriores, era un híbrido entre ambos, dejando en su justo término lo perfecto y lo imperfecto, bueno y malo, que antes separara una lúgubre barrera. Los dos creadores, poco antes de fundirse, o quizá durante su fusión, tuvieron un mismo pensamiento, dos en realidad. Primero cruzó por su mente la idea de que ambos eran uno y lo mismo, de que su separación era artificiosa e inadecuada. Segundo, que dos, cuatro, ocho o dieciséis eran lo mismo y que las creaciones diversas no son más que una y la misma. El nuevo mundo no era bueno ni malo, bello u horrible. Era.

Juan Luis Monedero Rodrigo

APRENDER HISTORIA

Estudiando en el pasado he comprendido
que este mundo hoy no es más necio ni más sabio,

que si parece más listo es por los años,
resabiado por los males de los siglos.
Y aunque, a veces, topo gente inteligente,
es más propio dar con tontos y ofendidos
que discuten y pelean como niños
cuando muestran opiniones diferentes.
Desconfío de aquel que parece ingenuo
porque dentro de él puede haber un malvado,
y aun prefiero tropezar al propio diablo
que acostumbra a ser un poco más sincero.
Que no me hablen de la bondad de la gente,
pues el que hace lo que debe no es por santo
sino por los golpes con que ha escarmentado
o tan sólo es un fanático obediente.
Nada nuevo descubrió mi pensamiento
y lo dicho no ha de hacer mejor al bruto
porque más que el malo el tonto abunda mucho
y la simple inteligencia no da el bueno.

Antón Martín Pirulero

MIS DESEQUILIBRIOS

Buscar el equilibrio donde no puede existir es parte de la utopía. Admitir el desequilibrio es muy triste. ¿Por qué casi siempre que tengo sueños hermosos acabo por despertarme en otra realidad más triste mientras que mis peores pesadillas no son aquellas que se producen al dormir, sino las de la vigilia de las que uno no despierta a otra realidad?

El temible burlón

EL PARAÍSO PERDIDO

Hay quien piensa que es muy triste para una persona cualquiera empeñar su vida y su futuro en la imposible consecución de una utopía. Aún más triste es colocar las utopías en el pasado. Supongo que muchos estarán en esto de acuerdo conmigo. Si el utópico futuro es irrealizable, aún más difícil es recuperar un pasado que nunca existió.

Pero resulta muy sencillo para la mente idealizar el pasado, extrayendo de él la carga de defectos que pudiera contener para quedarnos tan sólo con los buenos recuerdos. Mejores en la memoria que en la realidad. Todos, como Manrique, solemos pensar en alguna ocasión que "cualquiera tiempo pasado fue mejor". El mundo era más limpio y hermoso, sus pobladores mejores personas, el amor más puro, las gentes más francas y amables, la comida mejor y más sana. Es fácil y agradable pensar de este modo. No podemos retroceder para hacer comprobaciones. Es mejor dejarse llevar por el deseo y colocar en ese pasado que nos robó tiempo de nuestra vida hechos que justifiquen dicha pérdida, por la propia excelencia de los acontecimientos. Incluso, si queremos, podemos tratar de racionalizar nuestra subjetiva percepción y, como el gran idealista, Platón, decir que vivimos la era de decadencia de la humanidad. Tal vez si su edad era la del hierro la nuestra ya es tan sólo del latón o la quincalla. Tan arraigada está la idea del pasado perfecto en nuestro magín colectivo que la podemos encontrar en la base de las tres religiones del libro. Desde que el hombre está sobre la faz de la Tierra el mundo no ha hecho más que empeorar. Al menos, se nos habla también de un futuro resplandeciente que, cómo no, será el que traiga, de nuevo, el viejo Paraíso a la vieja Tierra.

Es más fácil sobrevivir al presente recordando ese pasado ideal que nos hace olvidar nuestros problemas actuales. Pero también es peligroso. Porque nos puede hacer olvidar la realidad y la perspectiva. Y hasta puede ocurrir que, buscando ese sueño imposible de un pasado irreal, tratemos de construir un futuro a su imagen y semejanza que, sin duda, defraudará nuestras esperanzas y quizá nos haga añorar la realidad anterior que maldecíamos, convertida en nuevo pasado ideal.

No es difícil ver situaciones de este tipo. Basta pensar en el enamorado que añora su primer amor y, cuando fracasa una relación más actual, recuerda el otro, el ideal, con nostalgia. Puede servir para reducir el dolor del momento, siempre que no se vuelva obsesión o locura. Basta pensar en los que recuerdan su niñez como un tiempo dorado que se les presenta en la imaginación, particularmente cuando, siendo adultos, les asalta algún problema. O los que, en la misma

situación, imaginan para sí mismos una vida más plena, real, natural o como quieran llamarla, pensando que una vida sencilla y en contacto con la naturaleza, quizá en semejanza al paraíso bíblico, les salvaría de la situación actual y de todos sus problemas.

Y es peor cuando los sueños del pasado afectan a toda una colectividad. Los sueños individuales pueden ser peligrosos para el que los padece. Pero resulta mucho peor cuando un individuo o un grupo de individuos pretenden extenderlos a toda la sociedad. También de estos hay muchos casos. Basta salir a la calle y ver los estúpidos neonazis que han idealizado un pasado horrible –sea el alemán del tercer Reich o la España única, grande y libre- esgrimiendo como soluciones presentes los crímenes e injusticias del pasado. O esos otros imbéciles que alardean de progresistas y esgrimen argumentos marxistas, estalinistas, maoístas o del anarquismo más violento y trasnochado.

Algunos hasta se creen iluminados y, en aras de una pureza religiosa y moral, tratan de recuperar el inexistente espíritu de los cristianos primitivos, o de los musulmanes primitivos, o de los celtas, los aztecas o de cualquier chamán de cualquier tribu perdida. Algunos de estos se convierten en lunáticos divertidos, otros en peligrosos fanáticos e integristas capaces de sacrificar su vida, y las de cientos de pecadores que no se pliegan a los dictados de su fe, en aras de su ideal. Así nos encontramos católicos inquisidores, protestantes de nuevo cuño, judíos sionistas, musulmanes que no han salido del medioevo… En fin, representantes de paraísos cuya autenticidad material en este mundo nos hace temblar de terror.

Otros se enamoran de la tradición y hasta se la inventan. Y van diciendo por ahí que hay que conservar las tradiciones y recuperar las perdidas. Porque sí. Sin darse cuenta de que las tradiciones pueden ser buenas o malas. Y algunas deben desaparecer igual que lo hicieron el canibalismo o los sacrificios humanos, mientras que otras merecen respeto pero no por tradiciones, sino porque incluyen principios deseables. Los hay, incluso, que inventan tradiciones de nuevo cuño y hechos históricos que nunca sucedieron pero que, convertidos en mito, atraen de tal modo la imaginación popular que mueven las voluntades con la misma intensidad que una fe

fanática. Aquí entrarían todas esas manías adivinatorias y brujeriles de un montón de aprovechados e ingenuos. Pero también muchos de los nacionalismos excluyentes y agresivos a los que, por desgracia, cada vez estamos más acostumbrados. Uno puede soñar entonces con su pasado glorioso y quererlo recuperar, aunque sea por medio de la violencia. Y, en vez de aceptar que su sueño es falso o que agrede los más fundamentales derechos individuales de muchos seres humanos, prefiere pensar en los sagrados derechos de su pueblo elegido y habla y lucha a partes iguales por su dorada Gran Serbia, la Gran Albania, la Gran Euskadi, el Islam Hermanado, el Israel de David, la Gran Alemania, el Imperio del Sol Naciente… En fin, que tanta grandeza supuesta le hace a uno pensar que el hombre, pese a todos sus sueños utópicos de un pasado paradisíaco, hace cuatro días que se ha bajado del árbol simiesco en el que tiene sus orígenes y todavía le queda mucha evolución por delante para llegar a convertirse en el ideal utópico del ser humano bueno, racional, solidario, al que muchos soñamos con parecernos.

Juan Luis Monedero

LA SUICIDA

Alejandro de la Hoz no era médico, ni psicólogo, ni voluntario de la Cruz Roja o el teléfono de la esperanza. Ni tan siquiera se veía a sí mismo como un tipo especialmente solidario. Menos aún un ejemplo de buen samaritano. Pero aquel día, mientras visitaba en el hospital a su cuñada recién operada de varices, su sensibilidad se vio fuertemente impresionada por la presencia de una joven paciente que compartía habitación con Gloria, la mujer de su hermano.

Alex no podía apartar la vista de la cama donde reposaba aquella joven. Su aspecto triste, su palidez enfermiza, su patente debilidad, habían llamado su atención.

-¿Qué le ha sucedido a esa pobre? –interrogó a Gloria en voz baja, para que la otra paciente no se diera por aludida.

-Creo que se ha intentado suicidar –dijo Gloria en un murmullo que sólo fue escuchado por Alex y Paco, su marido.

Así que la joven era una suicida, se dijo Alex sin poder dejar de mirarla. No comprendía qué podía hacer que una joven bonita y en

la flor de la edad como aquélla quisiera dejar esta vida. Debía de haber sufrido mucho. No había otra explicación.

-Y dicen que no es la primera vez –añadió Gloria en un tonillo malintencionado.

Al día siguiente dieron el alta a Gloria. Y Alex bien lo sabía. Pero cedió a un impulso y se presentó en la habitación simulando esperarla encontrar. En su cama había otra paciente, una anciana que no emitía ruido alguno ni tenía acompañantes. También estaba la joven suicida en la otra cama. También estaba sola, pero estaba despierta.

-¿No está Gloria Vargas? –preguntó a una enfermera que pasaba, haciéndose el ingenuo.

-¿La mujer operada de varices? –Alex asintió-. Le han dado de alta esta mañana.

-¡Vaya! –exclamó Alex haciéndose el ingenuo, nuevamente.

Pero de ingenuo no tenía un pelo. Bien sabía cuál era el objeto de su visita. Llevaba un ramo de flores, supuestamente para su cuñada, pero no tenía intención de volverse a casa con él.

-Bueno, pues ya que he traído estas flores, se las podía dejar por aquí, si no les molesta. Algo alegrarán la habitación.

-Si usted cree –dijo la joven en tono triste.

Era la primera vez que la oía hablar y su voz le pareció fascinante. Era una voz triste y un poco vibrante, pero hermosa y profunda. La joven seguía mostrando un semblante sombrío y no parecía prestar mucha atención a Alex. Demasiado había hecho con responder a su interpelación.

-¿Se encuentra usted bien, señorita? –le preguntó a la joven directamente, a la vez preocupado y deseoso de entablar conversación.

-Bien no me encuentro –replicó con desgana la mujer.

La anciana seguía sin moverse ni daba muestras de consciencia. A Alex aquello le pareció una bendición, aunque no deseaba ningún mal para la buena mujer, pues le permitía hablar a la joven con más libertad.

-Verá como pronto está usted bien y se le pasa esa tristeza.

La joven se encogió de hombros y volvió la vista hacia la ventana. No ponía nada fácil el acercamiento. Pero Alex no se iba a

rendir. Aquel aspecto rendido y ausente le resultaba sumamente atractivo.

-¡Vaya ánimos! –le dijo medio en broma y, tomando las flores, añadió:- Tenga las flores, que son casi tan bonitas como usted, a ver si así levanta el ánimo. Debería usted tomar un poco de su color.

La joven volvió la cara hacia él y le dedicó una mirada dulce y lánguida. Parecía un poco ruborizada por aquel inesperado piropo.

-Lo digo en serio. Es usted demasiado bonita como para estar tan triste. Así va a tardar más en curarse.

La joven suspiró, como diciendo "y eso, ¿qué importa?"

-No sé qué problemas pueda tener usted, señorita, pero la vida es mucho más hermosa que las cuatro paredes de este hospital.

-Es usted muy amable, pero no sabe nada de mí.

-Alex, me llamo Alex. Y es lógico que no sepa nada sobre usted porque no nos conocemos. Pero eso tiene solución. No puedo consentir que una joven tan encantadora como usted se marchite en esta habitación. ¿Le importa si vengo de vez en cuando a intentar animarla?

La joven no contestó, pero sus ojos parecieron iluminarse. Al momento volvió la cara hacia la ventana, dejando a Alex confuso.

-Yo me llamo Ana.

Alex tomó aquello como una aceptación y acercó una silla a la cama que ocupaba la joven, dispuesto a distraerla con su charla y a tratar de intimar.

-Primero le contaré algo sobre mí y luego usted me dice por qué está tan triste. ¿De acuerdo, Ana?

Ella no contestó, pero no le dijo que se callase cuando Alex comenzó a hacerle un divertido relato de lo más irreal acerca de sí mismo y de sus innumerables aventuras. Para cuando terminó contándole su ficticio despiste al ir a visitar a su cuñada operada de varices, Ana lo miraba con interés, aunque de su expresión no podía deducirse alegría.

-Y ahora, si no está usted cansada, cuénteme por qué una chica tan encantadora está en un hospital así de triste y con esas feas vendas en las muñecas.

El rostro de la joven se ensombreció. Volvió la cara hacia la ventana y, mirando hacia el infinito, se limitó a decir una sola frase:

-Mi vida no es en absoluto interesante y yo no valgo nada. Por eso tengo esas marcas en las muñecas.

-Es usted demasiado cruel consigo misma, Ana.

-Ni siquiera he sido capaz de acabar con todo sin molestar a nadie. No pierda su tiempo conmigo.

Al oír aquellas tristes palabras, el espíritu romántico y bohemio de Alex se llenó de amor hacia la joven. Si antes sentía por ella curiosidad mezclada con atracción, ahora notó que, en un instante, su corazón rebosaba de pasión. Había descubierto un fin a su insípida existencia. Pensando que había dado con un alma cándida y pura que podía complementar a la suya, decidió que debía salvar a aquella mujer de todos sus recuerdos y construir un futuro de felicidad para los dos. Incluso en aquel instante de vehemencia, Alex supo que sus pensamientos no eran más que una locura, pero se dejó invadir por ella y, con lágrimas en los ojos, le dijo:

-Es usted un ángel, Ana. Y no se me ocurre mejor lugar para pasar mi tiempo que estando a su lado. Daría cualquier cosa para verla sonreír.

La joven, menos emocionada que su inesperado Romeo, replicó con más sencillez:

-Es lo más bonito que me han dicho nunca. Pero no lo merezco –añadió, retornando a su ensimismamiento.

Alex, emocionado, no supo qué añadir. Quería decirle a Ana que no debía infravalorarse, que la vida sigue adelante y el tiempo borra cualquier dolor, por profundo que parezca. E, imaginando terribles recuerdos para justificar el dolor de la joven, se soñó a sí mismo convirtiéndola en una persona feliz. Finalmente, fue capaz de colocar una sonrisa falsa en sus labios, borrar todo rastro de emoción de su rostro y decir una frase que no habría desmerecido en un folletín romántico:

-No puedo permitir que un ángel esté tan triste como usted. Así que le va a costar deshacerse de mí. Vendré a visitarla hasta que le den de alta.

-Haga lo que quiera –dijo ella, en un tono pesimista que no ocultaba que se sentía halagada.

-¿No tiene usted familia o amigos que la visiten?

-No. –dijo ella tristemente- Es usted el primero que viene a verme.

-Es que soy un privilegiado.

Alex, percibiendo que la joven parecía un poco más receptiva a sus requiebros, aprovechó la ocasión para sonsacarle el porqué de su tristeza y de su intento de suicidio.

Poco pudo adivinar a partir de sus vagas y breves respuestas. Ella, que aceptaba su propia muerte como un mal menor, se obstinaba en repetir una y otra vez que su vida carecía de valor y ella no servía para nada.

-Soy un desastre y no me soporto –dijo con los ojos bañados en lágrimas.

-¡Vaya! Y por eso decide privar al mundo de su encantadora presencia sin tener en cuenta a los demás. Es usted tremendamente egoísta –bromeó Alex.

Por un instante, los ojos de Ana se iluminaron y una mirada de ternura y deseo de creer, brotó desde la joven hacia Alex. El apasionado salvador decidió en ese preciso instante que su cruzada tendría éxito y que iba a rescatar a Ana de su oscuridad para conducirla a un futuro luminoso en su compañía.

-Mañana vendré a verla de nuevo. No lo hago por usted. No crea que me da lástima. Es que no resistiría un día entero sin volverla a ver.

-Dice usted unas cosas muy bonitas –dijo Ana en tono neutro.

Y Alex, después de depositar un beso en la muñeca herida de la suicida, salió de la habitación. Consultó a una enfermera para saber cuántos días más permanecería la joven ingresada y si había venido alguien más a verla. La enfermera confirmó las palabras de Ana. Estaba por completo sola desde que la ingresaron y, aunque quizá podría volver enseguida a casa, los médicos temían que repitiera su intento de suicidio.

-Gracias que ha venido usted a verla. Su visita la ha ayudado más que los medicamentos y los doctores.

Alex aseguró que volvería y pidió la dirección de la joven con la excusa de poder avisar a su familia. En realidad sí que pensaba buscar a esa supuesta familia, caso de que existiera, pero le interesaba, sobre todo, poderla localizar si intentaba escaparse.

"Pareces un acosador", pensó Alex, consciente de la obsesión irracional que lo devoraba desde su visita. No podía apartar de su mente la imagen de Ana. En su cerebro reproducía una y otra vez cada una de sus frases y reconstruía sus rasgos, tratando de dibujar una hermosa sonrisa a partir de su rostro apenado. En su mente elucubraba acerca de los posibles problemas en el pasado de Ana que pudieran haberla conducido a tan terrible situación. La imaginaba despechada y abandonada. Quizá había perdido a un ser querido. Quizá su familia pereció en un accidente. Incluso podía ser que ella misma se culpase del mismo. De ahí su frase lapidaria: "yo no valgo nada".

-Pues yo te salvaré de ti misma y de tus recuerdos –dijo Alex en voz alta dirigiéndose a la imagen de una Ana soñada que era aún más hermosa que la real.

Soltó su frase en el metro, mientras volvía a casa. El vagón estaba medio vacío pero él, absorto en sus pensamientos, debió de pronunciar la frase en voz más alta de lo que creía, porque varias miradas curiosas y extrañadas se dirigieron hacia su asiento, como si lo pensaran un lunático.

Alex pasó el resto del día en una nube de la que no pudo descender ni a la hora de ir a cenar a casa de su hermano y compartir impresiones con la familia acerca de la salud de Gloria, la marcha de la casa o el estado de los niños.

-Tu hermano está muy raro –le dijo Gloria a su marido.

-Lo mismo está enamorado –bromeó Paco al respecto y ambos rieron ante la ocurrencia.

Que Paco supiera, su talludito hermano nunca había estado de veras enamorado, aunque bien podía ocurrir que mantuviera sus rollitos en riguroso secreto.

Lo cierto es que Alex había estado enamorado innumerables veces, según su propia percepción del asunto. Pero sus relaciones nunca iban más allá de un conocimiento superficial, ya fuera porque no

le convencían las chicas a las que había pretendido o porque no existía chispa de verdadero afecto entre los dos. Y también era cierto que ahora Alex se sentía enamorado. Y, a su modo de ver, más profunda e intensamente que en otras ocasiones. Sabía de su tendencia a ilusionarse y de su facilidad para idealizar a las personas antes de conocerlas. Pero no podía evitar sentir un escalofrío de placer cada vez que recordaba la imagen de la yaciente Ana. Le parecía lo más hermoso que había visto en su vida, aunque, racionalmente, debía confesarse que tampoco era una auténtica belleza. Los rasgos de su cara eran interesantes. Sus ojos bonitos y expresivos, magnéticos en su languidez. Pero la barbilla era un poco abultada y la forma de su cara, ligeramente alargada, endurecía su expresión. Estaba muy pálida y muy delgada, aunque esto bien podía achacarse a su estado, que era, precisamente, lo que más traía a Alex, fascinado por su aspecto triste y vulnerable, algo que lo enternecía sobremanera y despertaba sus instintos protectores. No era una belleza. Nunca podría haber aspirado a ser modelo o estrella de cine. Pero a Alex le parecía un hermoso ángel. No mentía cuando se lo dijo. Ni mentía al asegurar a la joven que la visitaría día tras día.

Al siguiente volvió, pues, a verla. Antes de pasarse por el hospital, acudió a la dirección que le diera la enfermera. En el piso no había nadie. Una vecina le dijo que la joven que vivía allí sola estaba ingresada en el hospital.

-Ha intentado suicidarse. La pobre… -y al hacer este comentario empezó a describir espirales con su dedo índice colocado sobre su sien.

Alex se esforzó por no mostrarse irritado ante la desvergüenza de aquella mujer. Intuyendo que era una chismosa, intentó sonsacarle información acerca de Ana. Así se enteró de que no era de la ciudad, aunque no sabía decirle de dónde había venido. Por lo visto sus padres habían muerto tiempo atrás. No sabía cómo. Y pensaba que la joven tenía un hermano o primo en la ciudad que la visitaba muy de tarde en tarde.

-Su novio no era, eso seguro.

Esta conclusión la extraía la buena mujer del simple hecho de que no se hacían carantoñas en público, lo cual tampoco era prueba de

que no fuera un novio que la hubiera dejado. Alex detuvo su fértil imaginación antes de empezar a construir ensoñaciones acerca de Ana y, tras agradecer la información a aquella repelente mujer, se marchó. Dirigió sus pasos hacia el hospital, sin poder evitar que en su mente se dibujasen escenas de Ana discutiendo con su novio imaginario y de la joven despechada dejándose llevar por su desesperación hasta el punto de apretar una afilada cuchilla de afeitar contra su muñeca.

Al llegar al hospital, se dirigió a toda prisa a la habitación de Ana. Sólo al encontrarse ante su puerta dudó un instante antes de entrar. ¿Y si tenía visita? ¿O la tenía la vieja de al lado? Y en ese momento dos fugaces imágenes cruzaron por su habitación. En una de ellas pintaba al supuesto amante postrado a los pies de Ana y suplicando su perdón y la reconciliación de la pareja. En la segunda, veía la pequeña habitación tan llena de gente como el camarote de los hermanos Marx, sin que hubiera modo de poderse acercar a Ana. Ambas imágenes eran horribles, pero Alex no se dejó llevar por ellas. Trató de serenarse y, sigilosamente, se asomó al interior de la habitación. Comprobó que la vieja no estaba y Ana dormitaba o, cuando menos, estaba tendida en el lecho con la cabeza girada hacia la ventana.

Alex, sin hacer un ruido, tomó asiento junto a la joven y se quedó allí quieto mirándola fascinado. Inesperadamente, el rostro de Ana se volvió y Alex quedó mudo por la emoción de enfrentarse de nuevo a aquellos bellos ojos. Tras un breve silencio, quiso disculparse.

-Pensaba que dormía. Por eso no dije nada. ¿Le molesta que la observase?

-No.

-La encuentro mucho mejor que ayer. Por increíble que parezca, aún está más hermosa hoy.

La joven se ruborizó y no dijo palabra, aunque tampoco dejó de mirar a Alex.

-¿Cómo se siente hoy? –ella se encogió de hombros- Pues yo te veo fenomenal. Perdón, ¿le molesta si la tuteo?

-No –dijo la joven escuetamente, aunque esta vez Alex creyó ver un esbozo de sonrisa en sus labios.

-Mejor así, porque me gustaría ser tu amigo y los amigos no suelen hablarse de usted. Suena un poco raro, ¿verdad?

-Sí –replicó la joven y calló, aunque daba la impresión de que una frase más larga había quedado en el aire lo que, para Alex, hizo un tanto incómodo el silencio subsecuente- ¿Por qué quiere ser mi amigo?

-Porque me pareces fascinante. –contestó Alex con infinita ternura en la voz- Pero tutéame. ¿O no quieres que seamos amigos?

Sí, pero me da miedo –ahora su rostro pasó de la alegría incipiente a la más completa tristeza.

-No entiendo el porqué. Quizá te parece que voy muy rápido pero, en realidad, soy yo quien tiene miedo de que te escapes. Eres un ángel y podrías irte volando.

Ana no rió la gracia ni se ruborizó ante el nuevo cumplido. Su gesto ceñudo persistió hasta que pronunció la que parecía su frase predilecta:

-Yo no valgo nada y tarde o temprano te darás cuenta. Y entonces no serás mi amigo.

-¡Qué tontería! Podría pasarme el resto de mi vida a tu lado y ser feliz con sólo mirarte.

-Es mentira, pero dices cosas muy bonitas –replicó Ana y en esta ocasión, por primera vez, le dirigió una franca sonrisa que no podía interpretarse como fruto del deseo de Alex y su fértil imaginación. Aquel fue, como se pudo comprobar más adelante, el principio del éxito de Alex.

-A la anciana de la otra cama la han bajado al quirófano –dijo Ana, inesperadamente. Era la primera ocasión en que, voluntariamente, le daba pie para proseguir la conversación y Alex, acertadamente, la interpretó como un buen síntoma.

-¿Y su familia? –preguntó Alex, con otras intenciones que saber de la vieja.

-Creo que están fuera esperando.

-¿Y la tuya? ¿Cómo es que no está aquí contigo?

-No tengo. Mis padres murieron hace tiempo. Bueno, tengo un hermano, pero está fuera de la ciudad. No nos vemos hace mucho.

-Y no os lleváis muy bien, ¿verdad?

-Él tampoco me soporta –replicó Ana con naturalidad, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

Entonces Alex aprovechó para sonsacar a la herida acerca de su vida, tratando de descubrir el doloroso pasado que la había conducido hasta su intento de suicidio que, como luego supo, no era el primero. Ana no se mostraba muy comunicativa. Usaba frases cortas y directas, pero respondía tan brevemente que no daba demasiada información. Alex concluyó que la vida de Ana, si lo que decía era cierto, no era tan terrible como él había supuesto. Tan sólo era una vida gris y vacía como cualquier otra. La joven insistía en que ella misma era una inútil que no servía para nada, con lo cual parecía justificar su terrible acción. Alex no la creía. Intuía que el oscuro secreto existía pero que era tan doloroso para Ana que la joven no se atrevía a confesarlo. Al rato, cuando Ana parecía más receptiva, entró la enfermera y dijo que la joven debía comer y descansar, lo que significaba una clara invitación a Alex para que se marchara. El joven se despidió de Ana con un nuevo beso en la muñeca y aseguró que volvería al día siguiente. Le confundió un tanto la pasividad de Ana, tan distinta de la efusividad de la enfermera que lo animó a venir a menudo y levantar el ánimo de la paciente.

Alex era muy difícil de desanimar y, desde luego, no lo iba a echar atrás la tristeza de Ana. Antes al contrario, aquella pasividad que mostraba, esa falta de ímpetu para salir de su triste situación, sólo servía de acicate para el voluntarioso enamorado. Así que Alex, independientemente de la actitud de Ana en cada momento, fue a visitarla al hospital mientras estuvo ingresada. Y, poco a poco, logró arrastrar a la joven tras de sí, como contagiada por sus bríos, aunque en ella la actividad parecía reducirse a resignación, incapaz de resistirse a la fuerza de voluntad de Alex. Fue él quien la animó a levantarse del lecho y comenzar a pasear por los largos pasillos del hospital. Era Alex quien le llevaba pequeños regalos con los que alegrarla y hacerle comprender que para él era una persona importante. Pero, por más que lo intentó, no logró que su conversación resultase fluida y, mucho menos, que Ana le confesase el oscuro secreto que la había llevado al borde de la muerte.

-Eres tan listo que te gusta pensar que los demás se te parecen –le dijo Ana en alguna ocasión.

Ella repetía una y otra vez sus frases escuetas, indicando su baja autoestima y dando muestras de que era incapaz de deshacerse de la depresión. Al menos así lo interpretaba Alex, que se irritaba cada vez que la oía mencionar su inferioridad y no creía sus explicaciones.

-Algún día, cuando haya conseguido entrar en tu vida y en tu corazón, me contarás qué es lo que te sucedió.

Día tras día mejoraba el estado de la joven. Un saludable color rojizo en sus mejillas sustituía a la preocupante palidez violácea. Ana parecía menos delgada, sus músculos más firmes, su piel más tersa. Incluso parecía tener más pecho, aunque eso podía deberse al simple hecho de que, a instancias de Alex, la joven se esforzaba en alzar la cabeza simulando un orgullo de sí misma que no sentía.

-Le voy a ser claro, señor Pérez –le dijo un día a Alex el médico de Ana-, la señorita Alonso está perfectamente desde un punto de vista físico. La podríamos haber dado de alta hace varios días. Pero nos preocupa su estabilidad mental. Tememos que pueda intentarlo de nuevo. Usted me entiende. Si la dejamos irse a su casa volvería a quedarse sola.

-Ya –dijo Alex, que pensaba en la segunda intención de la frase del doctor y, curiosamente, le parecía una perfecta solución.

Si la cuestión era que Ana no debía quedarse sola y todos coincidían en que sus visitas ayudaban mucho para levantar su ánimo, Alex no veía ningún problema en hacerse cargo de la joven. Al menos hasta que se encontrase perfectamente recuperada. Aunque Alex no se planteaba siquiera dar marcha atrás a una posible situación en que Ana estuviera a su lado. El problema era otro. Alex no estaba muy seguro de que la joven aceptase irse a vivir con él y se dejase cuidar como la inútil que decía ser. ¿Cómo se lo tomaría si se lo propusiera? El único modo de saberlo era decírselo. Conque, al día siguiente, y después de meditarlo largamente con su almohada, Alex se dirigió al hospital para ver a Ana, abrirle su corazón de una vez por todas y hacerle su oferta. Hay que decir, eso sí, que la supuesta meditación de Alex consistió más bien en dejarse llevar por sus ensoñaciones

románticas. Antes, durante la cena, se le ocurrió descubrirles a su hermano y su cuñada quién era el objeto de sus deseos y ellos, lejos de comprenderle, sólo supieron poner objeciones a su enamoramiento.

-Esa chica puede ser problemática –le dijo Paco.

-Quizá vas demasiado rápido –apuntó Gloria.

Pero Alex no estaba dispuesto a cambiar de parecer y, haciendo caso omiso de los consejos familiares que, según él, pretendían alejarlo de su amor, se sintió más decidido a rescatar a Ana del hospital e introducirla definitivamente en su vida, convencido de que aquel cambio serviría, a corto plazo, para lograr sus dos objetivos primordiales: que Ana olvidase su tristeza y se enamorase de él.

Ya en el hospital, Alex se puso nervioso. No porque no estuviera seguro de lo que debía hacer. Lo que ocurría era que le asustaba la reacción de Ana. ¿Y si le decía que no quería irse con él? ¿Y si le decía que no le quería o, peor aún, que no le soportaba? A él se le rompería el corazón. Y, sabiendo que no podría abandonarla en aquel trance, trataría de mantenerse a su lado con el corazón destrozado.

Cuando se asomó a la habitación, Ana estaba en el lecho descansando. En la cama de al lado, varios familiares charlaban amigablemente con una monjita recién ingresada que ocupaba el lugar de la vieja. Alex esperó unos instantes para ver si los visitantes se marchaban o Ana daba señales de mayor actividad. Pero ni los intrusos se iban ni se oía la voz de Ana o cualquier ruido producido por ella. Finalmente Alex, sobreponiéndose más a su miedo que a la situación, entró a la habitación y se acercó a la cama de Ana. Ella se volvió y le dedicó una mirada neutra de reconocimiento. No estaba durmiendo, pero aquella falta de emoción al verlo casi lo desanimó de seguir adelante con su propósito. No obstante, se sobrepuso a la desagradable impresión y, después de saludar, invitó a la joven a dar un paseo por los pasillos y estirar las piernas. Ella aceptó, aunque mostró la misma falta de interés que un segundo antes.

Alex no sabía muy bien cómo exponer su plan y, finalmente, le soltó a bocajarro que se fuera a vivir con él, que él la cuidaría y no permitiría que volviera a sufrir.

-Los médicos te dejarían salir del hospital sabiendo que alguien iba a estar pendiente de ti.

Ella, evidentemente, parecía confusa, dubitativa. Aquello le resultaba inesperado, quizá irreal.

-No significa que seamos pareja, novios o nada por el estilo. Yo estoy enamorado de ti, sí, pero eso no significa que debas corresponderme. Tómalo como una prueba y una excusa para dejar el hospital…

Alex no parecía dispuesto a detenerse. No sabía si disculparse o insistir, como si se avergonzara de mostrar sus deseos tan explícitamente. Pero ella no le dejó seguir:

-¿De verdad me quieres? –preguntó con voz inocente y la expresión más amable que Alex había visto nunca en su cara.

Alex respondió afirmativamente y, animado por la actitud de Ana, se acercó a ella, la miró fijamente y, antes de que la sorpresa desapareciera de su rostro, la tomó en brazos y la besó apasionadamente. Cuando sus bocas se separaron, Alex comprobó que Ana sonreía. Más tarde, Alex guardaría en su memoria aquel instante como el más feliz de su vida, el correspondiente a un sueño realizado.

-De acuerdo, me iré contigo –dijo Ana con el rostro resplandeciente-. Nunca había hecho una locura así.

Aquella frase sonaba rara en los labios de una persona dispuesta a quitarse la vida, pero Alex no estaba suficientemente sereno como para pensar en un detalle así. Más adelante recordaría ese instante como el momento en que se produjo el cambio definitivo en Ana. Y, por desgracia, también como el origen de todos sus males.

Alex, pues, arregló el alta de Ana y la acompañó a su piso para que recogiera sus cosas. Durante todo el camino, ella no dejó de sonreír, aunque no pronunció una sola palabra. Alex achacó su mutismo a la emoción. Sólo un par de besos fugaces le convencieron de que la pasión anterior no era una fantasía suya.

Ya en casa de Alex, la joven, aún temerosa, hizo un par de breves comentarios acerca de lo bonita que era la decoración, lo amplio del lugar o el perfecto orden reinante. Alex la alojó en el mejor cuarto y puso a su disposición todas las comodidades de las que su desahogada posición económica le permitía gozar.

-Eres muy bueno conmigo –le dijo dulcemente cuando se sentaron en el salón y Alex, con lágrimas de emoción en los ojos, sentía que el corazón se le iba a desbocar.

Ana volvió a su silencio y, tras unos minutos incómodos en los que Alex no supo que decir y se limitó a mirar fijamente a su huésped, embelesado por sus encantos tan próximos, ella volvió a hablar. Sólo que sus palabras no sonaron en absoluto románticas sino, más bien, un tanto fuera de lugar:

-Te importa si pongo la tele. Me gustaría ver la telenovela.

Alex, cogido de improviso, debió de hacer un gesto raro, porque la mirada de Ana se tornó bruscamente temerosa. Alex reaccionó y, con una sonrisa, encendió él mismo el televisor y pronunció un "cómo no" que sonó de lo más natural. Mientras la joven contemplaba la pantalla con idéntico embeleso al que le dedicaba a ella su enamorado, el pobre Alex trató, según su costumbre, de justificarla.

"Claro", se dijo, "después de tanto tiempo encerrada en aquel hospital, es lógico que le apetezca recuperar la normalidad a través de gestos tan triviales como poner la tele y ver un simple culebrón". Olvidaba Alex que en su habitación del hospital Ana había contado con la presencia de un televisor y no se había perdido algunos de sus programas favoritos. Alex, sin darle más vueltas al asunto, se puso a preparar la comida. Quería agasajar a su invitada y sorprenderla con exquisitos platos de los que casi nunca cocinaba. Ella no se levantó una sola vez de su sitio para ver qué hacía. A Alex le pareció lógico. Aún estaba convaleciente.

La comida fue muy romántica: el mejor mantel, las mejores vajilla y copas y, en el centro de la mesa, un hermoso ramo de flores comprado para la ocasión.

-¡Qué bonito! –dijo Ana, devolviendo la alegría a Alex- Pero no me merezco nada de esto.

El premio a tan humilde respuesta fue un nuevo beso de Alex al que ella no respondió con idéntica intensidad. Quizá no era el momento más adecuado para efusividades. Alex se dijo que no debía olvidar el problema de Ana y que, si quería enamorarla de veras, debía

ir con pies de plomo y no forzar situaciones que pudieran resultarle incómodas.

-Te quiero mucho –dijo ella, inesperadamente, acompañando la expresión de afecto con un beso en la mejilla de Alex tan tierno como el de un niño. Alex suspiró feliz.

Tras la comida, Ana siguió viendo la tele. Otra telenovela. Y luego se echó a dormir una larga siesta. Debía de estar agotada. Por la tarde Alex la convenció para salir a pasear bajo el Sol. La caminata en sí fue muy agradable, pero la conversación fue espesa y escasa. En ella llevó casi todo el peso el bueno de Alex mientras que Ana, según su costumbre, se limitó a responderle con monosílabos. A Alex aquella escasa comunicación le hacía sentir incómodo pero, por el momento, cualquier tensión se eliminaba con una sola mirada tierna que Ana le dedicase. Sus ojos eran tan profundos, tan inteligentes y expresivos, que hablaban sin palabras. O, al menos, así lo veía Alex.

Por la noche, fue él quien volvió a preparar la cena. Deseaba que fuese aún más especial que la comida, pero Ana quiso ver un concurso de la tele que a Alex, personalmente, le resultaba abominable. Obviamente, transigió. Tras la cena, Ana parecía agotada. Alex la invitó a irse a dormir. En realidad, la veía tan hermosa que el deseo lo devoraba, pero no se le ocurrió invitarla a su lecho y ni tan siquiera besarla. Debía dejarla descansar y adaptarse a su ritmo. El día que concluía había sido, en todo caso, el más feliz de su vida.

Varios días más transcurrieron de idéntico modo que el primero. Alex estaba tan enamorado que todo lo justificaba pero, poco a poco, su terca razón tuvo que admitir que las cosas no marchaban tan bien como él se empeñaba en soñar. Ana hablaba muy poco y sus frases eran cortas y huecas, apenas de compromiso. Había que sacarle las palabras trabajosamente y lo más frecuente era que emplease monosílabos. Alex se vio incapaz de sonsacarle su problema. Cada vez que lo intentaba ella volvía a decirle que no servía para nada y se entristecía. Entonces Alex se detenía, convencido de que había que ir despacio. Pero, aunque los silencios eran muy incómodos, no eran lo peor. Ana se levantaba tarde cada día. Dejaba su cama sin hacer, la ventana sin abrir, la ropa sucia tirada por el suelo. No se lavaba si Alex no le preparaba el baño. No desayunaba si Alex no le

llevaba el desayuno a la cama. Parecía una niña perdida, torpe y desvalida, incapaz de la menor iniciativa. Pasaba horas y horas ante el televisor, comiendo chucherías y riendo como boba las mayores tonterías que pusieran. Nunca quería pasear ni charlar, ni hacer una visita, ni ir al cine. Para remate, Alex, que había disfrutado de unos días libres, volvía al trabajo y tenía que trabajar doblemente al llegar a casa para arreglar los desaguisados de Ana. Un día le preguntó a ella por su trabajo y Ana se limitó a decir, con cierta desgana que él tomó por tristeza, que antes de su *accidente* la habían echado de su antiguo empleo. Alex no dijo más y ella, curiosamente, nunca hizo un intento de buscar un nuevo trabajo. Alex, aunque un poco cansado de aquella pasividad, la justificaba recurriendo a su trauma. Había que darle tiempo para que reaccionara. Si se comportaba de ese modo era porque todavía no se encontraba bien.

Alex lamentaba sobre todo su falta de pasión. A veces se decía que Ana lo quería como él a ella, e imaginaba en su recuerdo besos tan apasionados como los suyos. Pero casi siempre la veía distante, como si estuviera en otro mundo y él no fuera más que un visitante casual para su consciencia. Una noche, sin embargo, fue ella misma la que le invitó a hacer lo que él nunca se había atrevido a sugerir:

-Hagamos el amor –dijo como si se le acabara de ocurrir la idea, en un tono extrañamente neutro que no parecía adecuado para la ocasión.

Alex no se hizo rogar. La llevó a su cuarto y ambos se desvistieron. Alex sentía su corazón latir apresurado y, contra su voluntad, sentía como la excitación lo invadía más rápido de lo deseado, provocándole una tremenda erección ante la simple vista del cuerpo semidesnudo de Ana. Se abrazaron, se tendieron en el lecho y sus cuerpos se entrelazaron sudorosos. Era lo que Alex había estado deseando desde hacía semanas, sólo que ahora no le parecía como lo había soñado. Toda la pasión la ponía él, mientras que Ana se comportaba como un artilugio mecánico al que le hubieran dado cuerda. A Alex aquello le parecía incompleto. Ana no trataba de acompañarlo. Apenas se movía, ni gesticulaba, ni emitía ruido alguno. Sólo una estúpida sonrisa en su rostro indicaba una mínima emoción.

Alex se sintió incómodo. ¿Quizá no la satisfacía? Picado en su orgullo se dejó llevar por toda la pasión que su cuerpo albergaba hasta llegar al clímax, quedando sudoroso y agotado, con Ana tendida a su lado.

-Lo he pasado muy bien- dijo ella con el mismo tono que habría empleado después de bajarse de los caballitos de la feria.

Alex se sentía insatisfecho. Echaba en falta la pasión de Ana. Deseaba poder mantener con ella verdaderas conversaciones, sentir sus besos y no el simple roce de labios y lenguas. Quería poseerla, y no participar en juegos mecánicos. La felicidad parecía cada día más lejana y más difícil de alcanzar. Alex cada vez soportaba peor las costumbres de Ana. Su completa inactividad, su desidia, su pasividad. Le irritaba verla ante el televisor como un mueble. Le fastidiaba tener que ir tras ella limpiando, recogiendo, arreglando. Odiaba que no le diera muestras de agradecimiento. Pero, sobre todo, odiaba su falta de emoción, su inexpresividad. Lo malo era que él sí que seguía envuelto en la pasión que él mismo se había creado. Todavía tenía más peso en su corazón la imagen soñada de Ana que la Ana real que a cada instante se le presentaba con nuevos gestos de desidia y estupidez. Estaba ciego y quizá nunca habría despertado del todo a la realidad si no hubiera sido porque su hermano le hizo reaccionar con una sola frase que fue pronunciada de modo casual, con el único deseo de expresar una opinión personal.

-Esa tía es gilipollas –le soltó Paco a bocajarro, justo antes de despedirse de él, un día que acudió a visitarlo- No sé cómo puedes soportarla.

Y Alex no le rebatió. Se dio cuenta de que su hermano tenía razón. Ana no era especial en el sentido que él había imaginado. Era un desastre, tal y como ella recordaba a cada instante, pero, además, era egoísta e indolente, totalmente pasiva y bastante estúpida. Si no hablaba fluidamente no era por tristeza o timidez, era porque no sabía conversar. Igual que no sabía manejarse dentro de la casa, ni sabía trabajar y, posiblemente, tampoco enamorarse de veras. Pero era capaz de darse cuenta de sus limitaciones y de desarrollar un sentimiento de inferioridad que la había conducido a un intento de suicidio. Según ella, a la que había que reconocerle la sinceridad consigo misma y los demás, no había sabido siquiera llevar a efecto

dicho suicidio. Podía parecer cruel, después de haber mantenido durante tanto tiempo su ideal romántico, convertir ahora a Ana en un personaje lastimoso, pero la nueva imagen que de ella vislumbraba era tan sólo realista. Lo que uno se empeña en ver no es siempre lo que uno tiene delante de los ojos. No obstante, no era fácil para Alex renunciar de golpe a su sueño. Tenía necesidad de observar a Ana con sus nuevos ojos una y otra vez para contrastar sus hallazgos con su antigua opinión.

Ana no respondía tampoco a la imagen angelical que él había imaginado. No era fea, pero tampoco una chica guapa ni de tipo estilizado. La expresión de su rostro indicaba más la estupidez que ahora intuía que no el gesto soñador y misterioso que antes imaginaba. Alex, durante los días siguientes a su despertar, observó ante todo los comportamientos y actitudes de Ana. Tan sólo para comprobar que su ídolo se derretía ante sus ojos como si hubiera estado hecho de cera. Ana era poco menos que un vegetal, satisfecho con atender sus necesidades fisiológicas y con ocupar su abundante tiempo libre con diversiones peregrinas. Era incapaz de echarle una mano en la casa, incapaz de conversar y, a veces, incapaz de entender a Alex. Lo último no era sorprendente, partiendo de la base de que Ana no se preocupaba por los problemas o intereses de su compañero. Su carácter era infantil y carecía de la más mínima imaginación. No ponía emoción en los besos y, para remate, era un desastre en la cama. Alex sólo se preguntaba cómo podía haber estado ciego durante tanto tiempo, cómo no se dio cuenta de que la verdadera Ana no se merecía los profundos sentimientos que él había dedicado a la ficción que creó en torno a ella.

Aún no era tarde. Pero Alex no quería ser cruel. Ana no merecía que él la ofendiera o le hiciera daño. Podía ser una inútil, pero no actuaba con maldad. Eso no significaba que Alex pudiera seguir a su lado. Ya no la quería y pretendía dejarla antes de llegar a aborrecerla. Era digna de lástima, pero ya no despertaba su romántica pasión. Ella, inconsciente del cambio operado en Alex, se comportaba como siempre, ajena a lo que se avecinaba.

Alex trató de ser sutil. No quería hacerla daño ni llevarla a un estado de depresión como el que padecía cuando la encontró en el

hospital. Estaba convencido de que ella no le amaba. No, al menos, como él entendía el amor. Pensaba que eso simplificaría la separación. Pero se equivocaba. Ella sí que lo quería. A su modo, que era el único que ella entendía. Aunque no daba muestras de emoción o apasionamiento, lo cierto es que se había acostumbrado a Alex y a su nueva vida. Se sentía aceptada y estaba feliz al lado de su protector. No imaginaba que a Alex la situación no le agradase, pero cuando él sugirió la posibilidad de dejarla, indicando sutilmente que no estaba seguro de que lo suyo funcionase, el rostro de Ana se crispó en una expresión de tremendo dolor que él nunca le había visto, ni siquiera durante los primeros días en el hospital.

-Es por mí, ¿verdad? –le dijo frunciendo el ceño en un puchero previo al llanto- Te has dado cuenta de que ya no me soportas.

Alex sintió un nudo en la boca del estómago. En su imaginación fue capaz de imaginar a Ana tendida exangüe sobre un lecho, con las muñecas seccionadas y dos enormes charcos de sangre en el suelo. Eso era algo que no se sentía capaz de soportar, así que puso en marcha su cerebro para cambiar de táctica.

-¡Oh, no es eso! Al contrario, eres tan maravillosa que me avergüenzo de mí mismo. Aproveché tus momentos de debilidad para acercarme a ti y creo que ahora debemos separarnos para que tú puedas aclarar tus ideas sobre mí. Soy yo quien no te merezco.

Alex soltó su parrafada de seguido, sin apenas respirar y, desde luego, sin mirar a Ana a los ojos. Cuando alzó la vista, se encontró con que ella estaba llorando de emoción. Una dulce sonrisa, desconocida en aquel rostro hierático, parecía saludarlo.

-Sigues diciéndome cosas tan, tan bonitas, que no sé que decirte. Te quiero mucho. Más que a nada en este mundo. Tú me salvaste. Y creo que si me faltases me moriría o me mataría. No quiero separarme de ti.

Y tras eso, como un animalito indefenso, Ana se le abrazó y lo apretó contra su pecho con desesperación y temblando de alegría. Alex intentó sonreírla, aunque su mueca resultaba un tanto extraña, tensa y forzada. Él también temblaba. Pero no de alegría. Ahora, por primera vez, era consciente del berenjenal en el que se había metido.

Ya no amaba a Ana pero, ahora que había descubierto como era y aunque su nueva imagen no le gustara, no se sentía capaz de abandonarla y afrontar la culpa por lo que pudiera pasarla. Por el momento debería seguir como hasta ahora. Ser su criado y simular quererla. Quizá con el tiempo sería capaz de dejarla o conseguiría dejar de gustarla. Pero, por ahora, se sentía condenado. Sabía perfectamente lo que le diría su hermano si le confesaba su difícil situación:

-Tienes tu merecido, por imbécil.

Y tendría razón. Porque el problema se lo había buscado él solito y ahora no sabía cómo salir de él. Ana, feliz, le estaba llenando de lágrimas y él, incapaz de separarla de su lado, se puso también a llorar, pero de impotencia. Si alguna vez Ana volvía a decirle que ella era la persona más desastrosa del mundo, Alex sabría que estaba equivocada. Al menos conocía a alguien más torpe e inútil: él mismo.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA EXCITANTE VIDA DEL BERBERECHO SALVAJE

Pocos temas pueden parecerme tan interesantes como el de las utopías. Al margen de mis siete tratados al respecto, resumidos en un breve extracto de ochocientas trece páginas que, en el futuro, podría convertirse en el primer tomo de la "Enciclopedia Filosófica de las Veleidades Humanas en Posición Supina" en la que vengo trabajando intermitentemente –un lustro sí y uno no- desde los últimos veinte años, este tema de las utopías me hace recordar mi lejana e ingenua juventud. Incluso hoy día, convencido de la maldad intrínseca de buena parte del género humano –en particular del femenino y, dentro del masculino, del grupo de los amanerados-, todavía habita en mí la vena filantrópica que me hizo dedicar todos mis esfuerzos al abrupto mundo de las ciencias humanas, naturales y paranormales. No alentaba mi espíritu, en aquellos tiempos de mi juventud, otro motivo que la búsqueda de la felicidad de mis semejantes, razón por la cual comencé mis investigaciones.

Recién licenciado por la Universidad de Fronkostin, no esperé a introducirme en ningún grupo de trabajo para iniciar mis labores académicas y de investigación. Me despedí de mi querido mentor, el profesor Sesoblandov, que se encontraba empeñado en su búsqueda de la sabiduría piramidal, precursora de algunas investigaciones parapsicológicas actuales, y me lancé por mi cuenta a la utopía filantrópica de hacer felices a mis semejantes.

Fracasé. No podía ser de otro modo. Pero el sueño fue bonito mientras duró. Aquellos nueve años de estudios ininterrumpidos fueron, sin lugar a dudas, los más felices de mi feliz existencia. Aunque el éxito no acompañara mis investigaciones y la humanidad se empeñase en ignorar la sabiduría que yo le ofrecía.

Inicié mis estudios con una breve experimentación sobre antibióticos. No era la microbiología mi especialidad, aunque es obvio decir que mis amplios conocimientos pueden denominarse universales sin riesgo de inmodestia por mi parte. Pero deseaba tan fervientemente convertirme en benefactor de la humanidad que quise experimentar por mí mismo los beneficios de los más recientes descubrimientos de la ciencia médica. Y así tuve la ocurrencia de que el consumo abusivo de pan mohoso –con preferencia el infectado por el excelso *Penicillium notatum*- podría servir como prevención y cura de múltiples infecciones bacterianas merced a su alto contenido en antibióticos fúngicos. Para mi asombro y desgracia, el consumo de pan y alimentos mohosos sólo me sirvió para padecer graves indigestiones y una fuerte diarrea que me tuvo, si no al borde de la muerte, sí a la vera del retrete durante un tiempo. Mi estudio fracasó, pero me convirtió en precursor de una interesante rama de investigaciones biomédicas recientes en las que se pretende transferir por medio de la ingeniería genética medicamentos a la fruta y las verduras con las que podrían alimentarse todos esos pobrecitos del mundo sin dinero para comprar carísimas medicinas. Quiero pensar que mis visionarias colitis sirvieron de inspiración a estos modernos investigadores.

Tras aquel intento fallido, dirigí mi paciente atención a otro tema de investigación que absorbió todo mi tiempo. Consciente de las dificultades que los neurólogos, psiquiatras, fisiólogos, psicólogos, filósofos y fontaneros tenían para desentrañar los misterios del

funcionamiento de la psique humana, quise ser yo quien proporcionase a la humanidad el brillante conocimiento de su propio espíritu, cual nuevo Prometeo acercando a sus semejantes a las más excelsas cotas de sabiduría. Para ello, dada la dificultad de estudiar el complejo cerebro humano con las técnicas existentes y las que estaban a mi alcance, decidí emplear, como tantos otros insignes científicos, un modelo de estudio fácil de manejar y que arrojase resultados fácilmente extrapolables al género humano. No me resultó sencillo encontrar mi organismo modelo pero, después de dos infructuosos intentos de estudiar el intelecto de una patata –primero cruda y luego frita- así como la portentosa mente de la ranita de mi amigo Nicolasín Ostrogodo, que sabía saltar con una sola pata, decidí que no había otro organismo más adecuado para alcanzar el fin perseguido que el berberecho silvestre, *Cardium edule*, cuyo sistema nervioso y elaboradas costumbres me hicieron albergar grandes esperanzas de resolver el misterio de la mente humana. La excitante vida de este simpático animalito, me hizo suponer que sería un precioso objeto de estudio. No negaré que también apreciaba sobremanera el intenso placer de consumir lata tras lata de deliciosos berberechos, aunque pronto comprobé que de la observación de cadáveres sin concha y puestos en limón pocos conocimientos iba a obtener, de modo que me vi obligado a perseguir y estudiar ejemplares vivos.

La compleja vida de estos eulamelibranquios transcurre de modo aparentemente apacible en zonas de playas y estuarios, en aguas someras, enterrados en la arena y filtrando con sus potentes sifones el agua en busca de algas y pequeñas presas. A su vez, su portentoso sistema locomotor sifonal les permite nadar a gran velocidad sin que sus pesadas valvas supongan obstáculo a su desplazamiento. Esta vida sencilla y feliz no está exenta de los riesgos que supone la presencia de terribles depredadores como las estrellas de mar, capaces de separar su concha y digerir su pobre cuerpecito con salvaje determinación. Yo quería estudiar todas estas costumbres: los instantes de paz, las estresantes cacerías, el excitante momento de la reproducción. Ideé para ello un sistema de electrodos que se conectaba por medio de un alambre con el cordón nervioso del animal y que, a través del amplio instrumental al que iba

conectado –galvanómetro, osciloscopio, lavadora y transistor de pilas- podría proporcionarme toda la información que sus impulsos nerviosos pudieran contener. Tres graves inconvenientes entorpecieron mi estudio. El primero fue la dificultad para mantener vivos a los sujetos de estudio cuando los punzaba con mi preciso sensor. La mayoría morían y yo lo único que podía hacer entonces era eliminar sus cuerpos junto con el suero salino en el que los manejaba. Me deshacía de ellos ingiriéndolos, por no dejar restos inútiles y desaprovechados. La segunda dificultad era que los berberechos que sobrevivían no parecían adaptarse con normalidad al electrodo y, además de permanecer inactivos en la arena, emitían sólo monótonos impulsos nerviosos que no reportaban información alguna. Esta, creo yo, era una deficiencia del diseño experimental, cuyo agresivo sistema de recogida de impulsos nerviosos reducía los complejos procesos mentales del berberecho a la simple vegetación. Por último, y no menos grave, descubrí que la vida social del berberecho era mínima, por no decir inexistente, lo que me demostró que, pese a sus innumerables semejanzas con el género humano, no era un modelo válido para explicar nuestra mente. Todavía intenté hacer un último intento para obtener resultados. Me convertí en zoopsicoanalista –especialidad científica de la que creo ser fundador- y pregunté a los amables moluscos todas aquellas cuestiones acerca de su psique confusa que me parecieron interesantes. Pero los animalitos, obstinados, se negaron a responder. Fue por ello por lo que, después de dieciocho meses de pacientes estudios, decidí abandonar mi investigación. Devoré con fruición todos los ejemplares que aún atesoraba –razón por la cual me empaché y desde entonces aborrezco la carne de estos moluscos pelecípodos- y dirigí mis esfuerzos filantrópicos hacia otros temas de estudio como el sentimiento de culpa en las hormigas caníbales, el tratamiento de jaquecas por inmersión nalgar o las posibilidades de obtener energía por medio del parpadeo de alta frecuencia.

Ninguno de mis voluntariosos experimentos de aquel tiempo obtuvo un éxito definitivo y, poco a poco, me decidí por estudios más productivos que han ido salpicando mi larga vida de brillantes descubrimientos y aportaciones intelectuales.

De aquel tiempo conservo el vago recuerdo de placeres difíciles de describir como la sensación de estar a punto de salvar a la humanidad o el regusto de un berberecho arenoso entre los dientes.

Creo que mi estudio incompleto acerca del berberecho, cuyo título es "*Cardium edule*: milagro de la vida marina y modelo de desarrollo de inteligencia abstracta" podría servir a otros investigadores modernos, con material más preciso que el mío, como base para futuras investigaciones en la senda que yo abrí. Por ello, y consciente de que aún existen jóvenes filósofos de la naturaleza deseosos de ayudar a la humanidad, estoy dispuesto a ceder todas mis notas y la monografía mencionada a todo aquel que se comprometa a proseguir mis estudios. Si alguien está interesado en ello, sólo tiene que ponerse en contacto con los redactores de esta revista quienes, según me han dicho, se encargarán gustosos de facilitar la transacción entre maestro y humilde aprendiz.

Gazpachito Grogrenko

(demostración viva de que hasta los más sabios próceres cometen ingenuos errores de juventud)

LIBERAR LOS INSTINTOS

Realmente, aquel lugar parecía el paraíso. Un poco aburrido para el gusto de Jonás, pero quizá así han de ser los paraísos. Aquella gente era inteligente, amable, solidaria, dulce, buena. En una palabra, aquella gente era realmente civilizada. Hasta el lenguaje verbal con el que se expresaban resultaba musical al oído. Jonás Fresasconnata, en su primera visita a Flurulurularia, un planeta incluido en todas las rutas comerciales importantes, estaba descubriendo cuánta verdad se escondía tras la justa fama de los habitantes del planeta. Entre sus muchas virtudes se podía contar la de la hospitalidad. La estancia de Jonás entre los flurulurularios estaba resultando sumamente agradable. Aquellos tipos eran buenos compañeros, el tipo de gente que uno siempre habría deseado tener como amigos y a los que uno confiaría su vida con total tranquilidad.

Cuando a Jonás le propusieron llevar un cargamento de bayas de amazarandi, la fruta afrodisiaca de los flurulurilarios que,

curiosamente, se cultivaba, sobre todo, en los planetas humanos, el transportista aceptó gustoso. Por entonces poco conocía de Flururururlaria y sus habitantes. Jonás, llevado tanto por su afán comercial como por su deseo de conocer nuevas civilizaciones y mundos, estaba muy ilusionado ante la posibilidad del viaje. Económicamente era rentable, aunque no tanto como otros que pudiera llevar a cabo hacia el desconocido espacio profundo. Flururururlaria era un mundo civilizado y próximo, de modo que no se pagaba el plus de peligrosidad. Pero a Jonás poco le importó aquella diferencia en su remuneración. Como se consideraba a sí mismo un sociólogo aficionado, aquella era una oportunidad pintiparada para incrementar la galería de tipos galácticos que conocía.

El negocio se resolvió pronto y sin problemas. Los flururururlarios eran buenos pagadores. Y Burubugutaá, el comerciante con el que trató, no era menos civilizado que sus paisanos. Jonás sentía, no obstante, deseos de pasar unos días en aquel lugar, para poder conocer un poco más el carácter y costumbres de los lugareños. Preguntó a Burubugutaá dónde podía alojarse y el flururururlario no consintió que se fuera a un hotel sino que le ofreció un cuarto dentro de su propia residencia de modo que, como Jonás aceptó gustoso, pronto se convirtió en el huésped y amigo de su cliente.

En honor a la verdad, hay que decir que la primera impresión que Jonás recibió de aquellas gentes y su mundo no fue del todo agradable. Los flururururlarios, vistos por primera vez, pueden parecer temibles depredadores dispuestos a saltar sobre nuestro cuello. Son negros como el carbón, con el cuerpo cubierto de enormes escamas alargadas, brillantes como la obsidiana. Su cuerpo, delgado, presenta ocho extremidades. Las seis traseras a modo de piernas para desplazarse, que dan a los flururururlarios un aspecto ligeramente aracnoide, Las dos anteriores a modo de recios brazos largos, terminados en manos como pinzas y surcadas, a todo lo largo de sus cinco articulaciones, por terribles púas afiladas como garras. Su cabeza es rechoncha, sin cuello. En ella sólo destacan la boca, gigantesca y con tres mandíbulas rodeadas por enormes colmillos pétreos, y los tres ojos, redondos, pedunculados e inexpresivos, como los de un cangrejo. Así vistos no son muy agradables para un humano,

pero la primera impresión pronto pasa. Tampoco es hermosa para un humano su arquitectura, tan oscura y deforme como sus cuerpos, aunque en ella se aprecia el perfecto orden que rige sus vidas.

Pese a la primera impresión, pronto el trato afable y la amistad sincera de los flurulurularios eliminaron la inicial desconfianza. Los flurulurularios sabían hacerse respetar y hasta querer. Para él se prepararon en la cocina de Burubugutaá platos humanos elaborados a partir de costosos alimentos de importación, no productos sintéticos como los del convertidor de la nave de Jonás. Nunca mentían, siempre estaban dispuestos a ayudar y tenían un envidiable sentido del humor. Eran los huéspedes perfectos. Era tan difícil encontrarles un defecto, puesto que su fealdad no lo era en realidad salvo para la subjetiva mente de un humano, que Jonás sólo pudo asignarles uno no demasiado grave. Los flurulurularios eran orgullosos. Tan convencidos estaban de su superior civilización que alardeaban continuamente de sus logros. Aquella actitud, para un humano, podía ser ligeramente cargante a ratos pero cualquiera, incluido Jonás, debía admitir que tenían motivos para ser orgullosos y, en un universo plagado de pecados, no puede considerarse demasiado grave el de la inmodestia. Ocultar ese orgullo tras una fachada de falsa modestia habría resultado, muy posiblemente, más desagradable para un humano. Aquello sí habría sido verdadero engreimiento por su parte. Pero, curiosamente, aparte de aquel natural orgullo, los flurulurularios eran gente sencilla y hacían las cosas de corazón. No conocían el significado de la palabra hipocresía, vicio tan común en el género humano.

Jonás, por otro lado, era un visitante agradable para los flurulurularios. Siempre estaba haciendo preguntas acerca del modo de vida del lugar. Y nunca dejaba de hacer un gesto o decir una frase de admiración que alimentaba sin dificultad el enorme amor propio de los que se dignaban atenderlo.

-Eres un buen hombre –le dijo un día Burubugutaá, y aquello le pareció a nuestro Jonás el más valioso de los cumplidos, procediendo de gente tan admirable y honrada como los flurulurularios.

Su amigo y excliente no se cansaba de responder a sus preguntas y, poco a poco, Jonás fue bosquejando en su mente una imagen más o menos completa del funcionamiento de la perfecta sociedad de Flururururlaria. Era también una imagen idílica, pues para Jonás aquel mundo distaba bien poco de ser el paraíso. Una sociedad que había resuelto casi todos los problemas de un modo impecable. Si algo admiraba de los flururururlarios era su capacidad para haber compaginado una perfecta racionalización con el desarrollo de una sociedad ideal, sin permitir que los intereses propios perjudicasen el desarrollo de la civilización pero, a la vez, sin consentir el mínimo grado de opresión.

No existían el desorden ni el descontento. Cualquier opinión era válida pero, igualmente, cualquier flururururlario era capaz de alterar la propia opinión si se le daban suficientes argumentos para ello. Pese a ser tremendos individualistas, los flururururlarios aceptaban la necesidad de someterse al bien común, de modo que solían renunciar a pequeños caprichos y eran capaces de verdaderos sacrificios en bien de sus semejantes. No conocían la violencia, ni el egoísmo, ni el odio. ¡Ah, quién pudiera trasladar tan utópica sociedad a los inestables humanos!, se decía en más de una ocasión el bueno de Jonás Fresasconnata.

Por desgracia, Jonás no era flururururlario y, por más que le pesara, aquel mundo no era su lugar. Ni podía ni debía quedarse allí por más tiempo. Había aprendido muchísimo de los flururururlarios y había disfrutado enormemente de su compañía. Había aprendido a amarlos y a admirarlos con cierta envidia, a la que podríamos llamar sana por su afán de emulación, si es que algún tipo de envidia puede llegar a considerarse sana. Pero tenía negocios que atender y, lo que era mucho más importante, no era saludable vivir mucho tiempo en un paraíso ajeno sabiendo que más pronto que tarde debería volver al miserable mundo de los suyos.

-Pasado mañana me marcharé –le anunció a su amigo Burubugutaá, una vez tomada la difícil decisión.

El alienígena no intento convencerlo para que se quedara. Un flururururlario siempre respeta cualquier opinión ajena, aunque no esté de acuerdo con ella o incluso si sus consecuencias son desagradables

para él. Lo que no impidió que Burubugutaá se pusiera triste, aspecto que traslució visiblemente a la coloración de sus púas corporales, que adquirieron un matiz violáceo que Jonás era capaz de interpretar en su justo sentido.

-Ha sido un placer ser tu huésped, amigo Burubugutaá pero, aunque mi voluntad sería quedarme aquí con vosotros, mis deberes me lo impiden y me obligan a marcharme lejos.

Jonás utilizó el respetuoso tono formal que los flurulurularios empleaban en tan graves ocasiones. A través del traductor había comprobado también que aquel tono era el adecuado para transmitir tristeza.

-El amigo Jonás Fresasconnata ha sido el mejor de los huéspedes y toda Flurulurularia llorará su marcha. Pero el amigo debe saber que siempre tendrá aquí su casa donde él y los suyos serán en toda ocasión bien recibidos y añorados eternamente mientras dure su ausencia.

La respuesta de Burubugutaá, más solemne aún, puso una nota de especial emoción en la conversación. Jonás sentía un nudo en la boca del estómago. Jamás llegó a pensar que pudiera ser querido de aquel modo en un Sistema tan lejano como el de Flurulurularia. Entonces Burubugutaá, siguiendo una costumbre terrestre, hizo un gesto que Jonás nunca se hubiera atrevido a sugerir, aunque le resultó tan agradable como inesperado.

-Ven a mis brazos –le dijo su amigo alienígena.

Poco importaba que aquellos brazos terminaran en pinzas y los de Jonás en manos. Ambos amigos se fundieron en un sentido abrazo. El contacto con las suaves y cálidas escamas puntiagudas terminó por emocionar al rudo viajero espacial y sus ojos se arrasaron en lágrimas de alegría y nostalgia anticipada.

-Pero no nos quedemos tristes –añadió Burubugutaá cuando deshicieron el abrazo, como si aquel contacto le hubiera dado las energías necesarias para sobreponerse a la tristeza que lo embargaba-. Todavía te quedan dos días en nuestro mundo y debemos aprovecharlos al máximo.

Jonás asintió. Nunca pudo imaginar mejor amigo que aquel extraño ser. Esa noche cenaron juntos por penúltima vez. La cena fue

opípara y animada. Dieron un paseo por los jardines flotantes del alienígena y, al ponerse en el horizonte una de las dos lunas de Flururururlaria, fue el momento oportuno para irse todos a dormir. Poco importaba que ese término sólo significase para un flururururlario la desconexión parcial de sus nervios motores como forma de ahorrar energía durante la noche.

Al día siguiente, Burubugutaá anunció a Jonás que se había tomado dos días completos libres para dedicarlos a cultivar su compañía y mostrarle las maravillas de Flururururlaria. Jonás agradeció aquel gesto tomándose la libertad de abrazar a su amigo sin pedirle permiso. El flururururlario no se molestó en absoluto y sus púas corporales adquirieron un matiz brillante, signo de alegría.

Poco podía imaginar Jonás, sin embargo, la escena que tendría ocasión de presenciar durante su penúltima jornada en aquel paraíso, tan sólo unas horas después de aquel emotivo instante de inenarrable felicidad.

Sucedió en la Sala de Opinión, el equivalente al congreso donde se tomaban decisiones en los gobiernos humanos. Allí estaban los más inteligentes, serios y voluntariosos entre los flururururlarios discutiendo acerca de los problemas de su gente y las posibles soluciones para los mismos. Burubugutaá lo había llevado allí para que tuviera ocasión de ver cómo se gobernaba su gente.

Jonás estaba admirado al comprobar la afabilidad con la que se trataban los oponentes. Incluso aquellos que tenían opiniones diametralmente opuestas, escuchaban educadamente y con visible interés las opiniones ajenas. Más que discutir, puede decirse que intercambiaban pareceres. Aquella era una muestra más del enorme grado de civilización alcanzado por los flururururlarios.

La sesión concluyó. El público y los representantes abandonaron la sala. Pero aun en los pasillos se podían observar conversaciones interesantes entre muchos políticos. Incluso algunos espectadores participaban en los diálogos, siendo sus ideas tomadas en consideración por los especialistas. Entonces ocurrió lo inesperado. Y Jonás lo pudo ver con todo detalle porque sucedió justo delante de sus propios ojos.

Uno de los más hábiles oradores de aquella representación se marchaba del congreso. Había recogido todas sus cosas y caminaba a buen ritmo hacia el exterior. Pasó al lado de Jonás y dedicó un gesto respetuoso a Burubugutaá, a quien conocía. Fue el equivalente a una inclinación de cabeza en los humanos. Pero, con tan mala suerte, que tropezó con otro flurulurulario que venía en sentido contrario. El choque fue leve y ninguno de los dos salió herido, pero al orador se le cayeron unas láminas de plástico, la tableta táctil donde tomaba anotaciones, y el estilete con el que los flurulurularios trazaban en aquella sala sus intrincados signos de escritura según el método tradicional. Al agacharse a recoger el material, en esa postura que tan ridícula parecía siempre a Jonás, separando ampliamente cuatro de sus miembros traseros, el orador se pinchó con el estilete en la pinza y lo soltó, dolorido.

Uno hubiera esperado que, ante tal accidente, el orador hubiera soltado una imprecación del tipo de "¡mierda!", se hubiera mirado la herida que, con toda seguridad, había de ser mínima, y habría seguido con lo suyo. Pero, como en otras ocasiones, la reacción del flurulurulario lo sorprendió. Primeramente, sus púas corporales adquirieron un tinte verdoso, lo que significaba preocupación y tensión. Luego sí que acercó su pinza a uno de sus ojos y al órgano olfativo de su cuello. Entonces el terror se apoderó de él. Su expresión, una expresión que Jonás sólo había visto en imágenes educativas presentadas por su anfitrión, se tornó de incontrolable pánico. Sus púas corporales se tornaron violetas brillantes. A los flurulurularios les sucedía aquello sólo en momentos de verdadera tensión. Una solitaria gota de fluido corporal, equivalente a la sangre, asomaba por la minúscula abertura causada por el estilete. Y era la vista de aquella mínima hemorragia la que parecía aterrorizar al flurulurulario.

Aquel individuo, presa de un ataque de ansiedad, observó a su alrededor con expresión acongojada y empezó a emitir una serie de agudos lamentos que el traductor de Jonás convirtió en una sucesión de "¡Oh, no, por favor!" que sonaban pavorosos a través del pequeño aparato.

Jonás miraba extrañado a aquel tipo, sin comprender lo que le podía suceder. Era obvio que aquella mínima herida no podía ser en absoluto grave. Aunque la fisiología flurulurularia fuera muy distinta a la humana, era imposible que aquello revistiera ninguna gravedad ni peligro para el herido. Sin embargo, cuando Jonás quiso preguntar a Burubugutaá, comprobó que su amigo parecía transformado. Un tono gris sucio teñía sus púas corporales y una desconocida cresta rojiza se había formado bajo su cabeza y pendía de ella cual enorme moco de pavo. Jonás miró alrededor y vio que todos los flurulurularios de la sala tenían tan extraño aspecto como Burubugutaá. Su amigo no lo escuchaba y, tanto Burubugutaá como todos los demás flurulurularios, observaban con fijeza al orador que se había lastimado. No hacían caso de sus súplicas y lamentos. A ellas respondían con desconocidos ruidos guturales que atemorizaron al propio Jonás. Poco a poco, todos los flurulurularios, como si se hubieran transformado en zombies, empezaron a acercarse al herido, estrechando lentamente el cerco del cual brotaba una mezcla de gritos espeluznante entre la cual todavía resaltaban los lamentos histéricos del herido repitiendo su desesperado "no, por favor". Jonás no tardó en comprender lo que ocurría.

La escena, pese a desarrollarse delante de sus narices, no pudo verla con detalle. Por fortuna. Le bastó con intuir lo que ocurría, con oír los gritos y ver los resultados. El accidentado prolongó sus súplicas hasta el último instante. Cuando ya estuvo rodeado de sus congéneres y estos, repitiendo sus salvajes ruidos guturales, se abalanzaron sobre él, las súplicas se tornaron en breves gritos, que sonaban espeluznantes al margen del traductor. Jonás sabía que los flurulurularios, igual que los humanos, sentían dolor. Los berridos del accidentado, que sonaban agudos y estridentes aun para la voz de un alienígena, eran su modo de expresar el más insoportable de los dolores.

Jonás no vio lo que le hacían. Sólo escuchó los gritos de unos y otro, mezclados y confusos. Vio cómo varios flurulurularios forcejeaban entre sí y con su víctima. Durante un breve instante, los lamentos del herido alcanzaron su cénit, después calló. Los gritos de los atacantes prosiguieron durante unos breves minutos.

Jonás estaba muerto de miedo y no se atrevió a acercarse para ver lo que había sucedido. Lo intuía, con la perspicacia que para el peligro da el pánico, y no se equivocó. Los civilizados flurulurularios, convertidos repentinamente en salvajes, se habían lanzado sobre su compañero herido con intención de devorarlo. Fuera de sí lo golpearon con sus miembros anteriores, con sus pinzas y sus garras. Espesas gotas de su sangre violácea salpicaban alrededor mientras los gritos de la víctima se apagaban. Cuando el herido calló, los atacantes empezaron a separarse. Algunos se peleaban por alguna pieza sanguinolenta. Cada uno de los flurulurularios tenía las garras teñidas de morado y su boca chorreaba el mismo líquido. Muchos masticaban con fruición, con expresión de horrendo placer en sus caras. Algunos, incluido Burubugutaá, llevaban en sus pinzas pedazos de carne sangrienta. Jonás no necesitaba preguntar cuál era su origen. Se comportaban como caníbales salvajes, cegados por algún instinto asesino. No parecían ellos mismos. Ni hablaban ni entendían lo que se les decía.

Espantado, Jonás vio cómo se desarrollaba la escena posterior. Cada asesino devoraba su trozo de presa. Algunos flurulurularios que no habían presenciado la escena, se acercaban, aunque ya era tarde, a participar del festín. Jonás podía ver cómo pacíficos alienígenas cambiaban la expresión de su rostro, adquirían un color gris ceniciento y, como dementes, se acercaban al círculo de sangre dispuestos a participar de las migajas del banquete.

Al poco tiempo, sólo quedó una mancha morada sobre el suelo. Ni un resto de carne, ni rastro del esqueleto flexible del pobre orador. En breves minutos, los flurulurularios parecieron relajarse. Poco a poco perdieron el tinte grisáceo de sus púas corporales, de su piel, y recuperaron su habitual tono negro brillante.

-¡Dios mío! –masculló Jonás al ver que su amigo Burubugutaá, como si volviera a la realidad, se acercaba a su lado con churretes de sangre manchando toda su boca.

-Hemos sido afortunados –iba repitiendo el flurulurulario con expresión ausente según se acercaba a Jonás.

Jonás, atemorizado tanto por la escena como por el aspecto de su anfitrión, hizo intención de volverse y echar a correr, pero el

miedo lo paralizaba. Burubugutaá decía que habían sido afortunados. ¿Acaso pretendía convertir a Jonás en el postre de su banquete?

El alienígena pareció comprender al terrícola y se apresuró a tranquilizarlo:

-No tengas miedo. Ya no. Todo ha pasado.

Jonás no estaba muy seguro de ello, pero se quedó esperando que su amigo llegase a su lado. Otros flurulurularios se alejaban de la escena del crimen con expresión ausente y algunos viandantes hacían gestos con sus pinzas que demostraban cuán horrenda les parecía la escena. Hubo uno incluso que, después de participar del festín, se tendió en el suelo y realizó la ceremonia completa de duelo. Jonás no comprendía.

-Lamento que hayas observado esto –le dijo Burubugutaá. La traducción de la última palabra de la frase había sonado como si en vez de pronunciada hubiera sido escupida.

Jonás no dijo nada. Aún conservaba el miedo en el cuerpo. Burubugutaá trató de limpiarse la boca, asqueado y ¿arrepentido? por su acción. Jonás quería una explicación, pero, por el momento, no se atrevía a pedirla. Aún veía a su amigo como el monstruo que había tenido ante sí hacía apenas unos minutos.

-Hemos sido afortunados de que no haya habido ningún herido más –dijo Burubugutaá como para sí.

Jonás lo acompañó a su casa. El silencio fue tenso e incómodo. Pero ninguno de los dos parecía dispuesto a romperlo. Ya en su casa, el alienígena dejó a su amigo en compañía de su familia y fue a realizar las abluciones de purificación. Jonás permaneció en silencio sin que ninguno de sus anfitriones supiera el porqué de aquellas caras largas.

Cuando salió Burubugutaá, parecía otro. Como si se hubiera quitado un peso de encima, estaba de sorprendente buen humor. Era el mismo anfitrión amable y educado de toda la visita.

-Ha habido un accidente –dijo como explicación a los suyos y todos hicieron gestos de comprender. La palabra accidente tenía un tono especial. Jonás supo que en aquel contexto, y con aquella entonación, su significado era más complejo.

-Te preguntarás qué es lo que ha sucedido –apuntó entonces Burubugutaá dirigiéndose a su perplejo huésped-. Se trata de nuestra herencia. De una herencia abominable.

Burubugutaá, entre avergonzado y apenado, le contó cómo desde tiempos remotos los flurulurularios habían sido fieros depredadores. Cazaban en grupo y cooperaban entre sí. Quizá así se hicieron inteligentes. Pero arrastraban una tara de aquel tiempo. El olor de la sangre los cegaba. Era una cuestión hormonal e instintiva. Los racionales flurulurularios enloquecían ante el olor de la sangre fresca. Poco importaba que fuera la de un animal o la del mejor amigo. No podían controlarse. No era algo cultural ni la educación servía para paliar sus efectos. Científicos flurulurularios llevaban años tratando de encontrar un antídoto. Ni los fármacos, ni inhibidores hormonales, ni la manipulación genética habían permitido eliminar aquel comportamiento aberrante. Los flurulurularios eran gente sumamente civilizada y pacífica. Pero tenían miedo de sí mismos. Nada aterraba más a uno de ellos que la idea de sufrir una herida o un accidente. Había casos de colisiones de transportes en las que las víctimas, en vez de ayudarse, se dedicaban a devorarse las unas a las otras. Era, quizá, por eso mismo por lo que las leyes del lugar eran tan rígidas y su cumplimiento tan fiel. La ordenada, pacífica y solidaria civilización flurulurularia tenía mucho que ver con aquel comportamiento ancestral tan vergonzoso y cruel. La civilización era el único modo medianamente efectivo para controlar el monstruo que habitaba en ellos.

Jonás se explicó ahora el porqué de tantos robots trabajando en tareas manuales que implicaban el mínimo riesgo de accidente. Se explicó también la completa automatización de los hospitales. Ningún flurulurulario sería capaz de operar a un semejante con sus propias manos. En todo caso, lo devoraría en la mesa de operaciones. Eso explicaba el relativo retraso de su ciencia médica con respecto a la humana.

Pero no explicaba ni justificaba que a Jonás todavía le temblasen las piernas. Ni que, al observar a su pacífico amigo, totalmente sereno ante él, todavía viera al monstruo sanguinario con sus púas crespas y grises, expresión demente y chorros de sangre

violeta resbalando por su mandíbula. Jonás sentía deseos de escapar de allí corriendo, igual que los había sentido hacía un rato, en el congreso flururururario. Por suerte, se dijo, le quedaba sólo un día de estancia en Flururururaria.

Estaba visto que los paraísos perfectos eran cosa de la imaginación y el deseo. Jonás ni siquiera se sintió desilusionado por ver que la idílica sociedad flururururaria no era perfecta. Tampoco podía presumir de nada. También los humanos eran violentos. Pero lo cierto es que aquel día Jonás no probó bocado. Aquella noche apenas si durmió, asaltado en cuanto cerraba los ojos en la oscuridad de su cuarto por terribles imágenes de un Burubugutaá sádico y demente dispuesto a sorberle los sesos y sacarle las entrañas.

Por suerte, llegó el día y con él el momento de la marcha. Jonás tenía idea de haber partido por la noche, cuando estuviera cansado, para dormirse en la nave y hacer menos tristes las primeras horas de la despedida. Cuando despertara, lo asaltaría la nostalgia, pero ya estaría demasiado lejos para volver.

Esa era la idea inicial. Pero, después de la traumática experiencia de la víspera, Jonás se despidió apresuradamente de su amigo. Burubugutaá, que no parecía consciente del cambio obrado en el transportista, se emocionó como días atrás y lo envolvió en un abrazo de oso que dejó a Jonás sumido en tremenda congoja. Sabía que su miedo era irracional, pero el contacto de las amables zarpas del alienígena le provocaba temblores y un frío sudor en la frente y las sienes.

-Espero que el amigo vuelva a su casa repetidas veces o los corazones llorarán hasta la eternidad como lo hacen en este terrible instante –dijo Burubugutaá distante, empleando la despedida formal que se dedicaba a los seres queridos.

-Llorará el corazón, pero el dolor y el llanto serán superados por el infinito gozo de cada reencuentro –añadió Jonás dando la réplica habitual.

Terrestre y alienígena se despidieron en los mejores términos de amistad. Pero, por alguna razón, Jonás se sintió más tranquilo dentro de su nave y aún más después de haber despegado y encontrarse en el espacio. Su razón le decía que los flururururarios

eran gente maravillosa y Burubugutaá su mejor amigo, incluidos los humanos que podría contar como tales. Pero su instinto le hacía quererse alejar lo más rápidamente posible. Alejarse para no volver nunca jamás a aquel lugar.

Sólo cuando se encontró fuera del sistema de Flurulurularia, el corazón de Jonás Fresasconnata comenzó a latir a un ritmo moderadamente normal. Hasta entonces no lo abandonó el nudo en la boca del estómago ni pudo dormir a gusto. Bastaba con cerrar los ojos y empezar a amodorrarse para verse envuelto en una terrible pesadilla en la que un grupo de temibles monstruos negros como la obsidiana se disponía a participar de un festín del que él mismo era el plato principal.

Juan Luis Monedero Rodrigo

HONRADEZ

Admiro a todos esos iluminados capaces de entregar su vida por una causa. También me asustan. De la pasión al fanatismo hay sólo un paso. Pero me parecen dignos de memoria todos aquellos que creen posible mejorar el mundo y sueñan con utópicos futuros de felicidad. En realidad, no importa que yo esté de acuerdo o no con ellos si su voluntad les permite mejorar la vida de algunos de sus semejantes aunque no logren cambiar el mundo como habían creído. Los terribles de veras son los que, convencidos de que su personal visión del estado de las cosas es extensible al resto de la humanidad, convierten su deseo en norma para todos sus semejantes, esclavizando infinitas voluntades que poseían sus propios sueños.

Admito que en nuestro mundo actual es difícil mantener sueños utópicos. Uno puede alimentar ideas acerca de la igualdad de los hombres, de la solidaridad, del amor. Nos alimentan con este tipo de ideas desde que somos niños y nos leen cuentos o vemos películas animadas de la Disney. Nos imbuyen de tales ideas a través de la religión, de la educación. Y si atendemos esos consejos somos niños bien educados. Tal vez crecemos creyendo en la bondad de la raza humana y en nuestro papel para mejorar el estado del mundo. Nos hacemos sabios expertos en cualquier tema: derecho, economía, matemáticas, psicología. Y entonces… Entonces nos vemos sueltos en

un mundo donde prima la competitividad y pisar al vecino es una cuestión de hábito y supervivencia. Es bastante difícil, lo admito, ser honrado con uno mismo y sus principios cuando la sociedad nos incita, en más de una ocasión, a actuar contra nuestra conciencia. Al final, claro está, somos nosotros quienes tomamos las decisiones. La vida no tiene por qué ser fácil ni sencilla.

Pero lo que no puedo soportar es que determinada gente nos venda falsas utopías. Es muy frecuente. Se hace siempre desde todos los ámbitos del poder. No sólo han de ser pobres iluminados los que nos vendan el paraíso. Esos, al menos, son honrados y nos ofrecen sus sueños. Pero hay otros, los verdaderos manipuladores de opinión, que inventan para nosotros supuestos paraísos en los que no creen. Una falsa felicidad que les permite obtener algún tipo de beneficio, sea a nuestra costa o gracias a nuestra permisividad. Y así nos justifican sistemas políticos y económicos, guerras, problemas sociales, errores. Todo se hace por nuestro bien, para que podamos morar en un mundo perfecto hecho a la medida de todos nuestros sueños. Sueños que, obviamente, han sido previamente introducidos en nuestras cabezas por aquellos que ahora satisfacen nuestras necesidades y nos traen un trocito de felicidad. Es curioso. Muchos de esos sueños tienen que ver con lo material. E incluso hay muchos –también alguno de los propios manipuladores- que creen realmente que la riqueza les va a dar la imposible felicidad, y que esa falsa sensación merece el empleo de cualquier medio. Lo siento; no me dan ninguna pena. Me da mucha más pena que abusen de gente de buena voluntad, me dan pena los pobres iluminados. Y me da lástima que todos hagan alarde de honradez.

Respeto a los escépticos que reniegan de las utopías, de la bondad de cualquier cambio futuro. Muchas veces –la mayoría- yo mismo me siento escéptico. Son honrados consigo mismos. También aprecio la belleza de los sueños utópicos, siquiera por lo que significan de esperanza y porque, a veces, dentro de la utopía hay un pequeño germen de realidad deseable. Y aborrezco la impostura de tantos y tantos que han convertido la verdad en una palabra hueca y que hacen dudar a muchos, como si fuera otra cara de la utopía, de la realidad

de la honradez y de su conveniencia en este mundo que hemos fabricado al cabo de miles de años de difícil convivencia.

Juan Luis Monedero Rodrigo

BUDISMO EN LOS TON-GAO

La mística búsqueda de santidad es práctica habitual entre determinadas sectas y congregaciones de muchas de las religiones principales de la humanidad.

En este sentido, y por lo que tiene de utópica búsqueda de felicidad, me ha parecido especialmente oportuno incluir esta reseña acerca de una tribu chino-tibetana de religión budista cuyas creencias incluyen algunos puntos de originalidad especialmente notables.

Los Ton-Gao son un pequeño grupo humano procedente, según los pocos datos de que se dispone, de antecesores mongoles o siberianos llegados hace mucho tiempo a las altas cumbres del Tibet. Allí se asentaron como ganaderos dedicados a la cría del yak y al cultivo de pequeñísimos huertos de montaña entre los altos valles de sus cumbres. Junto con este duro modo de vida tibetano, los Ton-Gao asumieron más tarde las creencias budistas llegadas desde la India septentrional. Los otrora fieros guerreros ton-gaos se convirtieron en pacíficos ganaderos cuya difícil subsistencia se hacía más llevadera ante el pensamiento de una vida mejor, o incluso el nirvana, tras una nueva reencarnación.

¿En qué se diferencian, pues, los Ton-Gao de otras tribus tibetanas budistas? Podría indicarse el pequeño detalle de que entre sus rituales aún quedan reminiscencias de un pasado animista en el que tenía lugar el sacrificio de víctimas animales que, hoy en día, ha sido sustituido por la inmolación simbólica en el fuego de cada hogar de pequeñas figuras talladas en madera por los propios ton-gaos. Pero no es esta la razón de incluir este artículo en la revista, como tampoco lo son muchas otras costumbres suyas tan curiosas como características.

Lo que de veras hace distintos a los Ton-Gao de otros grupos tibetanos es una creencia que no se encuentra en otras tribus semejantes. Piensan los Ton-Gao que un modo práctico de comprobar la proximidad de cualquier criatura viviente para alcanzar el nirvana y la unión definitiva con el Uno es su facilidad para volar y elevarse sobre el terreno. Considerado el propio suelo como ejemplo de lo material que nos ata –por medio de una fuerza de gravedad que para ellos es desconocida- a este mundo, los ton-gaos sacan la conclusión de que un animal capaz de escapar mediante el vuelo de su ligazón con lo terreno, es un ser que está en camino de escapar hacia el mundo espiritual, elevándose en el cielo hasta alcanzar el nirvana.

No se fijan los ton-gaos en el hecho de que las aves o los insectos ponen sus huevos sobre objetos materiales: sean las ramas de un árbol, unas rocas o el suelo de un valle. Para ellos, que respetan como budistas toda forma de vida, los animales más sagrados son aquellos capaces de volar como insectos o aves. Y aun dentro de estos animales voladores también establecen diferencias, pues consideran que un animal volador que ha reducido su cuerpo al mínimo es aún más sagrado que aquel otro que siendo volador todavía posee un cuerpo voluminoso.

De este modo, los ton-gaos, en sus plegarias por los espíritus de los difuntos les desean que se reencarnen en pajarillos o, mejor aún, en insectos livianos como un escarabajo, una mariposa o, lo que tradicionalmente consideran el paso último antes del nirvana, en un minúsculo mosquito. Tan reverenciado es este pequeño insecto que los ton-gaos consideran un auténtico honor ser picado por uno de ellos. Y si un ton-gao tiene su cuerpo lleno de picotazos de mosquito y la piel enrojecida e inflamada por todo el cuerpo, toman esa deferencia de los insectos como un augurio de que esa persona es aceptada por los mosquitos como un hermano suyo más. Es decir, el que es picado por muchos mosquitos es un firme candidato a convertirse en mosquito durante su siguiente reencarnación, lo que significa que está muy cerca del nirvana.

Aunque los ton-gaos suelen ser muy honrados y meticulosos a la hora de respetar las tradiciones, no faltan algunos aprovechados irreverentes que se hacen pasar por santos y piden limosna entre

ellos presumiendo de tener todo su cuerpo lleno de picotazos, para lo cual no dudan introducirse en aguas infestadas de mosquitos o incluso en criarlos dentro de sus viviendas. Aunque este tipo de hipocresías está muy mal visto entre las gentes honradas de la tribu, no es fácil desenmascarar a los fingidos santos.
Siendo los Ton-Gao una tribu poco numerosa las creencias anteriores, que constituyen la ortodoxia dentro del grupo, permanecieron inalteradas durante muchos siglos. Pero recientemente ha surgido un grupo heterodoxo, con pocos miembros aunque bastante activos como corresponde a los ton-gaos jóvenes y religiosos que han abrazado sus creencias, que sin poner en duda las creencias ancestrales, las lleva un punto más allá.

Aunque la tribu de los Ton-Gao no conoce muchas de las comodidades de la vida moderna hasta ellos ha llegado un cierto grado de educación que les ha hecho comprender que existen seres aún más pequeños que los insectos y que también viajan en el aire. Se trata de virus y bacterias a los que estos heterodoxos reverencian. Muchos ton-gaos –sobre todo los más mayores- no creen que de veras existan esos bichitos microscópicos. Otros, más prácticos, asumen su existencia pero les niegan la posibilidad de poseer alma. Los que apoyan esta vía heterodoxa del budismo ton-gao, consideran pecaminoso combatir las enfermedades infecciosas y opinan que morir de una infección es una garantía, según un razonamiento semejante al de los mosquitos, de convertirse a su vez en virus o bacteria en una vida posterior y así quedar a un paso del nirvana.

Esta secta tuvo un cierto éxito mediado el siglo veinte pero, cuando la mortalidad se elevó entre los miembros de la tribu, algunos de los cuales forzaban voluntariamente los contagios, muchos ton-gaos regresaron a las tendencias ortodoxas lo que sin duda, al margen de permitir que se conserve una tradición, ha ayudado notablemente a que los Ton-Gao no se extingan antes que otros grupos humanos que, como ellos, bastante tienen con sobrevivir sin perder su identidad en nuestro cambiante mundo actual.

Euforia de Lego

CARTAS AL DIRECTOR
(sigue ausente del cargo como siempre)

EN DEFENSA DE LA CASTIDAD Y EL HONOR

Creen los redactores de esta revista inmoral y mentirosa que bastará para descargar su infame conciencia del pecado que acumula con habernos hecho partícipes al señor Grogrenko y a mí como protagonistas de las sucias mentiras de ese pecador consumado y confeso que atiende al otrora honorable apellido de Lipodias. No hay nada de cierto en lo que se dice. Agradezco esta posibilidad de defender mi buen nombre, pero nunca perdonaré su desfachatez y dudo mucho de que mi pluma vuelva a aparecer en su indigno panfleto.

Sólo puedo hacer una cosa para limpiar mi nombre y es defenderme. No me escudaré para ello en mi fama o en mi conocida castidad. Como cristiana no entra en mis costumbres la de mentir, así que me limitaré a contar la verdad para que el lector, confundido por las palabras difamatorias de Lipodias, pueda juzgar por sí mismo y decidir si debe creer en una persona honorable como yo o el propio señor Grogrenko o en un miserable como el señor –y digo señor por llamarle algo- Sergi Lipodias.

Sus acusaciones, que atañen a temas escabrosos y con connotaciones sexuales y lujuriosas, son totalmente falsas. Nunca el señor Grogrenko y yo misma hemos cohabitado o yacido en pecado carnal. Nuestra relación amistosa se ha movido entre el respeto y la más puntillosa moralidad. También me consta por su propio testimonio, del que no he de dudar, que los intentos de practicar la horrible pederastia que sugiere el señor Lipodias son también estrictamente falsos.

El señor Lipodias asegura poseer unas grabaciones que no pueden existir ni haber sido nunca tomadas puesto que los hechos que, supuestamente, se transcriben, no sucedieron jamás. En todo caso si, como el infame acusador asegura, las grabaciones existen y son nuestras voces las que parecen oírse, puedo empeñar mi palabra en negar que el señor Grogrenko o yo estemos relacionadas con tales grabaciones que no pueden ser más que burdas manipulaciones de la realidad y, como dice mi admirado Grogrenko, las grabaciones son

resultado del empeño por atacar las bases morales del país por parte de las viejas cédulas marxistas y judeomasónicas que, olvidadas por los ingenuos gobernantes actuales, todavía operan tratando de desestabilizar a nuestra gloriosa patria salpicando con inexistentes escándalos a los ciudadanos honorables.

Es más, si el señor Lipodias encontrase testigos dispuestos a jurar que el señor Grogrenko y yo fuimos vistos en alguna ocasión en situación comprometedora, estaré dispuesta a negarlo ante quien sea. Igual que negaré la veracidad de cualquier película o incluso el testimonio de mi pobre hija Euforita, desgraciadamente trastornada y arrastrada por los malvados a las filas innumerables de los impíos y lunáticos.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera,
Marquesa de Porras, viuda de De Lego y soldado de las católicas huestes de nuestra Santa Madre Iglesia

EL EJÉRCITO YA NO ES LO QUE ERA

Puede que no sea este el lugar más adecuado para comentar la terrible decadencia del estamento militar al que yo representaba. O puede que sí porque, según mi punto de vista, tal degradación proviene del hecho incuestionable de que las mujeres de este país y de muchos otros pretenden lograr una utopía imposible. Quieren ser iguales a los hombres. ¡Iguales a los hombres! ¡Qué desfachatez y qué sinsentido! La diferencia entre ambos sexos es innegable e inevitable. Y, ¡viva la diferencia!, como se suele decir. Si ellas quieren ser iguales a nosotros los hombres, peor para todos, porque ni yo ni, supongo, mis semejantes estaremos jamás de acuerdo con tamaño despropósito.

En fin, lo que quería decirles es que con la entrada del sexo débil en nuestras otrora invencibles Fuerzas Armadas se ha iniciado la imparable decadencia de la tropa española. No me parece mal la idea de profesionalizar nuestros ejércitos. Ya era hora de limitar la entrada de pelagatos en nuestra tropa. Necesitamos valientes y patriotas, no cerebros ni "progres" o "melenudos" dispuestos a cuestionar y rebatir órdenes. Pero no puedo aplaudir la decisión de abrir las puertas de nuestro ejército a las féminas, como no sea en calidad de enfermeras o secretarias. Las tropas auxiliares siempre

fueron buen lugar para que las mujeres desempeñaran una labor útil en tiempos de guerra. Eso o permanecer en casa, cuidando del hogar, o trabajando en una fábrica. Pero no como soldados. ¡Qué tiempos estos en los que podemos contemplar los blandos cuerpos femeninos cubiertos con uniforme y sus delicadas manos empuñando fusiles!

Y todo ello, ¿para qué? Pues para contentar a los imbéciles que tratan de convencernos de que la igualdad es progreso y de que las mujeres tienen "sus" derechos.

Yo no soy político, ¡ni falta que me hace! Sólo soy un honorable militar retirado que añora los viejos tiempos de gloria, tiempos de hombretones luciendo sus cuerpos musculosos y morenos, sudorosos y brillantes tras el ejercicio, cuerpos dorados en la ducha, oportunidades para compartir jabón y abrazos respetuosos entre hermanos de armas. ¡Qué tiempos aquellos! Juergas de alcohol y camaradería, sin mujeres ni niños. Tiempos de valor y canciones guerreras, de largas marchas bajo el Sol, pulcros uniformes y brillantes botas. Todavía me emociono y me excito al recordar la vida del cuartel.

Quizá mi viejo capitán, el malogrado Entramboshuecos, habría visto con buenos ojos estos tiempos modernos. Él que decía que iguales derechos tenían ostras y caracoles, él que apoyaba la convivencia de hombres y mujeres por igual. Él, que abandonaba el cálido ambiente del cuartel por unas sábanas impregnadas por compañía femenina, para luego abandonar a la mujer a cambio de los impagables goces de una marcha por el monte y una noche en una tienda de campaña con sus soldados. Pero imagino que, incluso él, habría preferido mantener a los unos y las otras separados.

Yo no soportaría pisar un cuartel en estas condiciones. Poco importa que las duchas sean separadas y que predomine el respeto entre compañeros. La presencia femenina ha de desvirtuar el espíritu de la tradición castrense, un espíritu masculino, propio sólo de hombres que saben entender.

Julián Obturado
(teniente retirado)

Nota de la redacción: teniente retirado y, por lo que suponemos, un poco mariconcete.

EL BIEN SIEMPRE TRIUNFA

Desde chiquito fui educado en la tradición católica y aprendí que el bien siempre obtiene su premio, si no en este mundo sí, al menos, en otra vida que se nos promete como mucho mejor. Puede ser que, al cabo, suceda de ese modo. Pero estoy más que harto de comprobar como los malvados con los que me he topado a lo largo de mi vida van medrando y obteniendo en este mundo bienes, trabajos deseables, magníficas relaciones y amores que, sin duda, no se merecen.

Yo, por el contrario, soy un desgraciado al que nadie toma en serio. Todos me ven como un bicho raro tan estúpido como ingenuo. Todo me sale mal. No triunfo en ninguna faceta de mi vida. He sido bueno, atento, amable. Siempre he dicho la verdad, siempre he ayudado a los demás y, cuando alguien me ha abofeteado, he puesto la otra mejilla. Nadie me respeta. Nadie me quiere. Y empiezo a estar harto.

Empiezo, también, a dudar de esa vida maravillosa de ultratumba que siempre me han asegurado. ¿No será un invento de los cabroncetes de este mundo que lo pasan pipa y, encima, nos convencen a los bobos como yo de que todo irá bien en otra vida?

Yo quiero disfrutar en esta vida, no en un futuro más que dudoso. Quiero tener dinero, diversiones, amigos, mujeres, respeto, confianza en mí mismo. Dudo de mis posibilidades, puesto que llevo demasiado tiempo atrofiado. Pero me he propuesto iniciar una nueva vida. Voy a cambiar. Haré lo que me apetezca cuando me apetezca. Mentiré si me sirve de provecho, engañaré a la gente, traicionaré confianzas en mi beneficio. Ya he sido bueno durante mucho tiempo.

Si luego resulta que todo me va igual de mal y me siento culpable por haber abandonado el buen camino, siempre podré dar marcha atrás. Quizá mis pecados futuros puedan purgarse con mis penitencias presentes y pasadas.

Quizá todo me vaya bien y nunca me acuerde de esta vida triste y gris, de renuncia y sueños puestos en el futuro. Quizá consiga sacudirme esta insatisfacción que nace de la extraña sensación de sentirse estúpido y manipulado, como si alguna entidad superior hubiera decidido ponerme a prueba o tomarme por objeto de una

venganza, castigándome a la completa infelicidad mientras contemplo a los demás disfrutando en su maldad, que tal vez no sea más que la simple normalidad falseada por mi percepción.

Quizá, haga lo que haga, no podré escapar de mi insatisfacción. Quizá la felicidad ajena sólo existe en mi mente, que convierte en deseable todo aquello de lo que carezco. Quizá el futuro sea tan espléndido como lo sueño antes de que el arrepentimiento por mis impuros pensamientos me asalte en los momentos de debilidad.

Soy débil, sí, pero voy a sobreponerme a mis miedos e inhibiciones. Adiós moralidad. Adiós fe. Adiós yo mismo. Mañana seré otro hombre desconocido para todos. Amigos, asistís al nacimiento de:

Un nuevo cabrón en este mundo

EPíLOGO

Un epílogo a un tema como el de las utopías quizá debería de ser un adiós desencantado a las mismas y su ilusoria carga de imposibles. Así podría ser, pero los ingenuos nunca se rinden del todo. Las utopías tienen dos características que las hacen sumamente atrayentes. También peligrosas. En primer lugar está el detalle de que, en ocasiones, lo que un día se consideró utopía con el paso del tiempo se convierte en realidad. ¿No sería acaso una utopía para nuestros abuelos pensar que tendrían la libertad –con sus muchas limitaciones- de la que gozamos hoy en día, o la cantidad de tiempo libre de que disfrutamos o, por ser más materialista, nuestro nivel de vida actual? Ese simple detalle es, en sí mismo, un acicate para abrazar sueños que hoy parecen imposibles. No hay que soñar utopías, hay que eliminarlas convirtiéndolas en realidades.

Pero las utopías aún tienen un magnetismo mayor cuando las sabemos del todo irrealizables. Entonces son peligrosas de veras, porque nos enamoramos de su belleza ideal e imposible y podemos llegar a engañarnos nosotros, engañar a los demás y tratar de introducir nuestro falso sueño en el mundo real. Y entonces, el simulacro de nuestra bonita utopía puede convertirse, como ha sucedido muchas veces en la historia, en pesadilla propia y ajena.

Lo malo es que, por más que tratemos de poner la razón por medio o nuestro mejor empeño, no es fácil diferenciar lo que puede dejar de ser utopía de lo que nunca podrá ser realidad y, en todo caso, es muy dudoso que el hecho de saber diferenciarlas nos librara de lanzarnos como dementes a la consecución de los sueños más locos, que son siempre, cómo no, los más hermosos. Tan sólo cabe esperar que no perdamos demasiado el sentido y no dejemos que los sueños se conviertan en pesadillas. No es fácil saber frenar a tiempo. No es fácil renunciar a la belleza, por más que la sepamos irreal.

EL PUNTO Y FINAL

Se acabó, como de costumbre. Un número más y ya parece mentira. Esta loca utopía de editar este panfleto infame lleva camino de convertirse en costumbre que nos obligue a cambiar el subtítulo de cada número confiando con la seguridad de la práctica en que no quepa la duda sobre la aparición de sucesivos ejemplares. El undécimo parece un punto de inflexión más –quizá hay tantos como números- en la carrera de esta revista. Esperamos que os haya gustado. Si es así, agradecédselo también a nuestros colaboradores: Eva y su portada, Alicia, Martin's, El temible burlón. Si os ha parecido aborrecible, podéis culpar de ello a nuestros redactores y colaboradores habituales o, mejor aún, a nuestro utópico director. En todo caso sería más positivo, al menos para nosotros, que colaboraseis con vuestras opiniones para elevar el nivel intelectual y de interés de la revista.

Os guste o no, si queréis participar en el siguiente número, podéis mandar vuestras colaboraciones a:

despertardelosmuertos@yahoo.es

Y, si lo deseáis, bajaos las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página en Bubok:

http://eldespertar.bubok.es